

Henry David Thoreau

Un yanqui en Canadá



Henry David Thoreau realizó un viaje a Canadá del 25 de septiembre al 2 de octubre de 1850. Su relato sobre este viaje apareció publicado inicialmente por entregas en 1853 en la revista *Putnam's Monthly* bajo el título «Una excursión a Canadá», y en 1866 fue recogido en un libro titulado *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*.

«Me temo que no tengo gran cosa que decir sobre Canadá, ya que no he visto mucho; lo que sí conseguí al visitar este país fue coger un resfriado. Salí de Concord, en Massachusetts, el miércoles 25 de septiembre de 1850 por la mañana en dirección a Quebec. El billete de ida y vuelta tenía un precio de siete dólares; la distancia desde Boston era de ochocientos veinte kilómetros; me veía obligado además, a la vuelta, a dejar Montreal en una fecha temprana, el viernes 4 de octubre, o en un período de diez días desde mi salida. No me detendré a relatarle al lector los nombres de mis compañeros de viaje; se decía que había mil quinientos. Yo solo quería llegar a Canadá y poder dar un buen paseo por allí igual que caminaría una tarde en los bosques de Concord».



Henry David Thoreau

Un yanqui en Canadá

ePub r1.0

Titivillus 07.01.16

Título original: *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*

Henry David Thoreau, 1853

Traducción: Paloma Rodríguez Esteban

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Henry David Thoreau realizó un viaje a Canadá del 25 de septiembre al 2 de octubre de 1850. Su relato sobre este viaje apareció publicado inicialmente por entregas en 1853 en la revista *Putnam's Monthly* bajo el título «Una excursión a Canadá», y en 1866 fue recogido en un libro titulado *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*.

CAPÍTULO 1. De Concord a Montreal

Me temo que no tengo gran cosa que decir sobre Canadá, ya que no he visto mucho; lo que sí conseguí al visitar este país fue coger un resfriado. Salí de Concord, en Massachusetts, el miércoles 25 de septiembre de 1850 por la mañana en dirección a Quebec. El billete de ida y vuelta tenía un precio de siete dólares; la distancia desde Boston era de ochocientos veinte kilómetros; me veía obligado además, a la vuelta, a dejar Montreal en una fecha temprana, el viernes 4 de octubre, o en un período de diez días desde mi salida. No me detendré a relatarle al lector los nombres de mis compañeros de viaje; se decía que había mil quinientos. Yo solo quería llegar a Canadá y poder dar un buen paseo por allí igual que caminaría una tarde en los bosques de Concord.

El paisaje me era desconocido más allá de Fitchburg^[1]. De Ashburnham en adelante, mientras avanzábamos con rapidez, me fijé en la parra virgen (*Ampelopsis quinquefolia*), cuyas hojas ahora habían mudado de color, que se hallaba principalmente sobre árboles viejos, cubriéndolos como una bufanda roja. Resultaba no poco emocionante; sugería un derramamiento de sangre, o al menos vida militar, igual que una charretera o un fajín, como si estuviese teñida con la sangre de los árboles cuyas heridas no era apropiado taponar. Porque ahora el sangriento otoño había llegado, y una guerrilla india se había desatado en el bosque. Esos árboles militares resultaban numerosos, ya que nuestro rápido avance los conectaba aunque estuviesen separados por algunos kilómetros. ¿Tiene la parra virgen debilidad por el olmo?

Alcanzamos a ver el Monadnoc^[2] por primera vez a ocho o diez

kilómetros de este lado de Fitzwilliam, pero se observaba mejor una vez llegamos a Troy y más adelante. Y luego estaban los terraplenes y las trincheras de la construcción ferroviaria de Troy. La calle Keene sorprende al viajero favorablemente por lo uniforme, lo plana, lo ancha y lo larga que es. He escuchado a uno de mis familiares, que nació y se crio allí, decir que desde una distancia de un kilómetro y medio podías ver un pollo cruzando la a la carrera. También me han contado que cuando esta ciudad se estableció, trazaron una calle de una anchura de veinte metros^[3], pero que en una reunión posterior, uno de los propietarios se puso en pie y observó: «Tenemos terreno de sobra, ¿por qué no hacemos que la calle tenga cuarenta metros de anchura?». Votaron para que así fuera, y ahora la ciudad es conocida en todas partes por esa hermosa calle. Fue un modo barato de asegurarse la comodidad, además de la fama, y ojalá todas las ciudades nuevas pudieran seguir este modelo. Es mejor trazar planes amplios en los primeros años de juventud, porque entonces la tierra es barata, y es más fácil estrechar nuestras miras más tarde. ¡Jóvenes formados con anchas avenidas y parques, de tal modo que se conviertan en ancianos generosos y liberales! Muéstrenme un joven cuya mente sea parecida a una ciudad como Washington, con sus magníficas distancias, preparado para la vida más gloriosa y llena de éxitos, y sobre esos espacios se construirá, y la idea del fundador se cumplirá. Confío en que cada muchacho de Nueva Inglaterra empiece por trazar una calle Keene que atraviese su mente, con sus cuarenta metros de anchura. Conozco a un hombre así, como la ciudad de Washington, cuyos solares, de momento, solo han sido marcados y planificados, y, excepto por un grupito de chabolas aquí o allá, el Capitolio se alza allí solo, en representación de todas las estructuras, y un día cualquiera es posible ver desde lejos su espléndido estandarte, a lomos de un carruaje, por las espaciosas aunque desiertas avenidas. Keene está construido en un área considerablemente grande y nivelada, como el lecho de un lago, y las colinas que lo rodean, distantes de su calle, deben de ofrecer buenos paseos. El paisaje de las ciudades de montaña resulta, a menudo, demasiado atestado. Una ciudad que se levanta en un llano de cierta extensión, con un horizonte abierto y que está rodeada por colinas a lo lejos, es la que mejores vistas y paseos ofrece.

Según ascendemos hacia el noroeste del país abundan más y más los arces azucareros, las hayas y los abedules, la cicuta, el falso abeto, los fresnos y los nogales cenicientos. Para el viajero veloz, el número de olmos que hay en una ciudad es la medida de su civilización. Un hombre en uno de los vagones llevaba una botella llena de algún tipo de licor. Todo el grupo sonreía cada vez que esta asomaba. Yo no tuve problemas para contenerme. La zona de Westmoreland parecía tentadora, y escuché a un pasajero mencionar la derivación obvia de su nombre, *West-more-land* («tierra-más-oeste») como si fuera algo genuinamente americano y él hubiese hecho todo un descubrimiento; pero yo pensé en «mi primo Westmoreland^[4]» en Inglaterra. Todo el mundo recordará la llegada a las cataratas de Bellows, bajo un gran acantilado que surge del río Connecticut. Me decepcionaron las dimensiones del río en esta zona; parecía haber encogido hasta el tamaño de un simple arroyo de montaña. Resultaba evidente que el caudal estaba muy bajo. Los ríos que habíamos cruzado antes de ese mediodía tenían más pinta de riachuelos de montaña que los de las cercanías de Concord, y me sorprendió ver por todas partes rastros de crecidas recientes que se habían llevado por delante puentes y causado daños en las vías del tren, a pesar de que nada de esto había llegado a mis oídos. En Ludlow, Mount Holly y más adelante hay un interesante paisaje montañoso, no muy escarpado ni formidable, pero sí del tipo en el que uno puede caminar sin dificultad por los extensos y estrechos valles montañosos, a través de los que se percibe el horizonte. Te encuentras en medio de las Green Mountains. Alcanzan a verse unos cuantos picos azulados más elevados desde el vecindario de Mount Holly, puede que uno de ellos sea el pico Killington. A veces, como por ejemplo en el Western Railroad^[5], viajas por terraplenes montañosos desde los que los asustados caballos de los valles parecen haber disminuido hasta el tamaño de perros de caza. Todas las colinas se sonrojan. El otoño se me antoja como la mejor estación para atravesar la cordillera de las Green Mountains^[6]. A menudo, uno exclama para sí: ¡qué arces rojos! El arce azucarero no tiene ese mismo tono carmesí. De estos últimos se ven bastantes únicamente con pecas o mejillas sonrojadas, ruborizándose en un lado en forma de fruta, mientras que el resto del árbol es verde, lo que demuestra o bien cierta parcialidad por parte de la luz y las heladas, o la precocidad de

algunas ramas. Abundan los fresnos altos y finos, cuyo follaje se torna oscuro como el color de las moras. El nogal blanco, que es un árbol que crece con una forma muy particular, toma un color completamente amarillo, probando así su parentesco con el nogal común americano. También me llamaron la atención los brillantes matices de ese mismo color en el abedul amarillo. El arce azucarero resulta llamativo por sus despejados tobillos. Los bosquecillos de estos árboles parecían enormes cobertizos forestales, con sus ramas deteniéndose a una altura similar, a un metro o metro y medio del suelo, como los aleros de un tejado, igual que si hubiesen sido cuidadosamente recortados por motivos artísticos, para que uno pudiese mirar por debajo de ellos a través de toda la arboleda con su frondoso dosel, como bajo una tienda de campaña con el toldo de la entrada levantado.

A medida que uno se aproxima al lago Champlain comienza a vislumbrar las montañas de Nueva York. La primera perspectiva del lago, en Vergennes, es impresionante, pero más por asociación que por ninguna peculiaridad en el paisaje. Allí está, tan pequeño (no parece en absoluto guardar la misma proporción respecto a la anchura del estado que tiene en el mapa en la realidad), pero pacífico y sereno como un paisaje del lago de Lucerna pintado sobre una caja de música, donde se puede distinguir el nombre de Lucerna entre la hojarasca; resultaba mucho más espléndido de lo que parecía en el mapa. No gritaba «Aquí estoy yo, el lago Champlain», como podría anunciarlo el revisor, pero habiendo estudiado la geografía de la región durante treinta años, finalmente, una tarde, al trasponer una colina, lo tenía ante mis ojos. Sin embargo, apenas puede verse desde ese punto. En Burlington nos apresuramos hacia el embarcadero y subimos a un vapor a unos trescientos setenta kilómetros de Boston. Dejamos Concord a las ocho menos veinte de la mañana y llegamos a Burlington alrededor de las seis, cuando ya empezaba a anochecer, demasiado tarde para ver el lago. Alcanzamos a contemplarlo con claridad por primera vez al amanecer, justo antes de llegar a Plattsburg, y vimos cordilleras de montañas azuladas a ambos lados, en Nueva York y en Vermont, las primeras excepcionalmente grandiosas. Se divisaban a lo lejos unas cuantas goletas blancas como gaviotas, porque este no es un lago desierto y desaprovechado como uno de

los de Tartaria^[7]; pero era una vista que no dejaba mucho a las palabras; tanto que he dejado el lago Champlain para otro día.

La referencia más antigua a estas aguas con la que me he encontrado ha sido la de la crónica del descubrimiento y la exploración del lago San Lorenzo que Cartier^[8] llevó a cabo en 1535. En realidad, Samuel Champlain^[9] descubrió y surcó las aguas del lago en julio de 1609, once años antes de la fundación de Plymouth, acompañando a una partida de guerra de indios canadienses contra los iroqueses. Sobre las islas que alberga, dice que son muy agradables pero deshabitadas a consecuencia de las continuas guerras de los indios, por las que se retiran de los ríos y lagos a las profundidades de la tierra para no ser sorprendidos. «Siguiendo nuestro rumbo» dice, «por el lado oeste del lago, observando el paisaje, vi al este unas montañas muy altas con nieve en la cumbre. Pregunté a los salvajes si aquellas zonas estaban habitadas. Me respondieron que sí, que estaban habitadas por los iroqueses, y que en esos lugares había hermosos valles y llanuras fértiles en el maíz que he podido probar en estas tierras, y en infinidad de otros frutos». Esta es la primera crónica de lo que ahora es Vermont.

El número de hombres y mujeres francocanadienses entre los pasajeros y el sonido del idioma francés nos anunciaron para entonces que nos aproximábamos a algún vórtice extranjero. Ahora habíamos abandonado Rouse's Point, entrado en el territorio del río Sorel, y traspasado la barrera invisible entre los Estados Unidos y Canadá. Las orillas del río Sorel, Richelieu o St. John^[10], eran llanas y estaban cubiertas de juncos, mientras que yo me había esperado algo más escarpado y montañoso a modo de frontera natural entre dos naciones. Sin embargo, de inmediato encontré una diferencia en las escasas cabañas, en las piraguas atracadas en la orilla y, por así decirlo, en la propia orilla. Este paisaje me resultaba interesante, y los mismos juncos o cañas en el agua poco profunda y las copas de los árboles en los pantanos me causaron una impresión muy favorable. Aún veíamos a lo lejos dos o tres de aquellas montañas azules de Vermont y Nueva York. Sobre las nueve de la mañana alcanzamos St. Johns, un antiguo puesto

fronterizo a cuatrocientos noventa y dos kilómetros de Boston y treinta y ocho de Montreal. Ahora sí descubrimos que estábamos en un país extranjero, en una estación de ferrocarril de otra nación. Este edificio tenía la estructura de un establo, y daba la impresión de haber sido levantado entre todos los lugareños, como una casa de madera en un nuevo asentamiento. Me llamaron la atención los anuncios en francés e inglés sujetos a los postes, por el tono formal del inglés y las referencias más o menos veladas a su reina y al león británico. No apareció ningún amable revisor, al menos ninguno del que pudiera saberse que era el revisor por su ropa o su actitud; pero no pasó mucho tiempo antes de que empezásemos a ver aquí y allá a un corpulento inglés, fornido y rubicundo, con una cierta barriga, quizá, que nos hizo avergonzarnos de nosotros mismos y de nuestros delgados y nerviosos compatriotas. Este personaje tenía el mismo aspecto de un abuelo, un tanto paternal, cómodo con su grueso gabán, y por su apariencia daba la sensación de que podría haber sido el propietario de un teatro, de que era uno de los directores del ferrocarril y de que sabía o tenía derecho a saber cuándo salían los trenes. También había allí dos o tres locuaces francocanadienses, pálidos y de ojos negros, encogiéndose de hombros, con el rostro picado como si todos hubiesen pasado la viruela. Mientras tanto, pasaron varios soldados, casacas rojas^[11], que venían de unos barracones cercanos y se dirigían a recibir instrucción. En todo punto importante de nuestra ruta aparecían soldados que demostraban estar listos para recibirnos. Aunque resultaba evidente que eran soldados recién reclutados, sus maniobras eran mejores que las de nuestros soldados; sin embargo, como siempre suele ser habitual, escuché a algunos yanquis hablar como si no fuesen gran cosa, y comentar que habían visto a los Acton Blues maniobrar con la misma destreza. Los oficiales les hablaban con dureza, y parecían cumplir su papel concienzudamente. Escuché a uno, que se aproximó de pronto a la retaguardia, exclamar: «¡Michael Donolly, apunten su nombre!», aunque no pude ver lo que este último había hecho o dejado de hacer. Se rumoreaba entre susurros que Michael Donolly iba a tener que pagar por aquello. Escuché a algunos en nuestro grupo comentando la posibilidad de espantar a esas tropas del terreno con sus paraguas. Pensé que el yanqui, aunque poco disciplinado, tiene al menos esa ventaja, la de ser, él en particular, un hombre

que en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia está firmemente decidido a mejorar sustancialmente su situación y, por lo tanto, puede permitirse ser derrotado primero; mientras que la virtud de un irlandés y, en gran medida, de un inglés, consiste simplemente en defender su terreno o su posición. Aquí los canadienses, una raza de apariencia bastante pobre, vestidos con ropas sencillas de un paño gris que hacía que pareciesen estar cubiertas de polvo, pasaban montados en calesas y en pequeños carros llamados *charrettes* o carretas. Los yanquis supusieron que todos los jinetes estaban echando carreras, o al menos exhibiendo la velocidad de sus caballos, y los vitorearon como correspondía. Vimos muy poco de esta ciudad, ya que nadie sabía decirnos cuándo iba a salir el tren; eso se mantuvo en absoluto secreto, quizá por razones políticas; y, por lo tanto, estábamos atados a nuestros asientos. Un viajero inglés describió a los habitantes de St. Johns y sus alrededores como «particularmente poco atractivos», y antes de hacer una pausa, añadió: «Además, en general nunca sienten mucho apego por la corona británica». Sospecho que ese «además» debería ser más bien un «porque».

Por fin, a mediodía, los vagones comenzaron a moverse en dirección a La Prairie. La distancia total, de veinticuatro kilómetros, la cubrimos a través de un terreno extraordinariamente llano, que recordaba a una de las praderas del Oeste, con las montañas de la zona de Chambly visibles hacia el nordeste. Este paisaje novedoso, aunque monótono, resultaba emocionante. En La Prairie nos fijamos primero en los tejados de cinc, pero sobre todo en el San Lorenzo, que parecía un lago, y que de hecho se expandía de forma considerable aquí; en diagonal, en dirección a Montreal, tenía una extensión de catorce kilómetros y medio. Mont Royal al fondo de la ciudad y la isla de Santa Elena al frente eran ahora muy visibles. También podíamos ver los rápidos de St. Louis a unos ocho kilómetros río arriba, y los saltos de Norman aún más hacia el este. De los primeros se dice que son los rápidos más importantes del San Lorenzo; pero apenas alcanzábamos a ver un reflejo de luz allí, como el de una tela de araña al sol. Pronto descubrimos la ciudad de Montreal, con sus tejados de cinc destellando en la lejanía. Sus reflejos caían sobre los ojos como el estruendo de unos timbales en la oreja. Era

especialmente visible la iglesia de Notre Dame, y más adelante, también el edificio del mercado de Bonsecours, ocupando una posición dominante en el muelle, detrás de las embarcaciones. La ciudad causa una impresión más favorable cuando uno se aproxima a ella por agua, y también por estar construida en piedra con una roca caliza que se encuentra en la isla. Aquí, después de viajar directamente hacia el interior a lo largo de toda la extensión de Nueva Inglaterra, habíamos llegado al puerto de una ciudad —que causaba la misma impresión de un puerto marítimo— al que podían acceder barcos de seiscientas toneladas, y donde navíos con un calado de hasta cuatro metros y medio descansaban cerca del embarcadero, a unos ochocientos setenta kilómetros del Golfo; en este punto, el San Lorenzo tiene algo más de tres kilómetros de anchura. Había una gran multitud reunida en el embarcadero del *ferry* y en el muelle para recibir a los yanquis, y banderas de todos los colores ondeaban desde los navíos para celebrar su llegada. Cuando se dio el pistoletazo, la élite vitoreó una y otra vez, y después los conductores canadienses de calesas, que eran los más interesados en el asunto y quienes, me fijé, estaban separados de los anteriores por una verja, también expresaron su bienvenida a gritos; primero el paño fino, y luego el más sencillo.

Era primera hora de la tarde cuando bajamos al muelle. Con un único acompañante, pronto encontré el camino hasta la iglesia de Notre Dame. Vi que era enorme en tamaño e importancia. Se dice que es la estructura eclesiástica más grande de Norteamérica y que puede albergar a diez mil personas. Tiene unos setenta y ocho metros de largo, y las bóvedas de arista del techo se alzan a veinticinco metros sobre la cabeza de uno. Las católicas son, de entre las que visto, las únicas iglesias que merece la pena recordar que no son casi del todo profanas. No hablo solo de las que son ricas y espléndidas como esta, sino también de las más humildes entre ellas. Dejando atrás los hurras del gentío y el traqueteo de los carruajes, empujamos las puertas de madera de esta iglesia e inmediatamente nos encontramos en una atmósfera que podría ser sagrada para el pensamiento y la religión si uno los tuviese. Allí había una o dos mujeres sentadas que habían robado un momento a sus preocupaciones diarias; pero aunque hubiese habido cincuenta personas, habría seguido siendo el lugar más solitario que uno pueda imaginarse. No alzaron la vista para mirarnos, ni se prestaban atención la una

a la otra. Caminamos sin hacer ruido por el ancho pasillo central, con nuestros sombreros en la mano. En ese momento entró con sus sencillas ropas de paño una tropa de canadienses que había llegado a la ciudad en el barco con nosotros, y uno se arrodilló en el pasillo frente al altar mayor para rezar a la figura de su devoción, de un modo un tanto torpe, como el ganado cuando se prepara para tumbarse, y allí los dejamos. ¡Como si fueses a encontrarte a los hijos de algún granjero de Marlborough que hubiesen venido a la feria ganadera arrodillándose en silencio en la casa de oración de Concord un miércoles cualquiera! ¿No se agolparía entonces rápidamente en las ventanas una multitud para espiar? Es cierto, estos católicos romanos, los sacerdotes y todos los demás, me parecen gente que se ha quedado muy atrás respecto a sus símbolos. Es como si un buey se hubiese colado en una iglesia y estuviese tratando de reflexionar sobre su propio ser. Sin embargo, son capaces de gran reverencia; pero nosotros, los yanquis, somos un pueblo en el que este sentimiento prácticamente se ha extinguido, y a este respecto no podemos reflexionar sobre nuestro propio ser más que si fuésemos bueyes. No me molestaban las imágenes ni las velas, ya fuesen de sebo o de estaño. De estas primeras, todas las que vi parecían baratas. Poco me importaba si las pinturas eran obra de un neófito de la tribu algonquina o de la italiana. Pero me impresionó la pacífica atmósfera religiosa del lugar. Era una gran cueva en medio de la oscuridad, y el altar y el oropel no eran sino las brillantes estalactitas; una cueva en la que uno entra en un momento y donde la tranquila atmósfera y la luz mortecina lo predisponen al pensamiento serio y provechoso. Una cueva tan a mano, en la que puedes entrar cualquier día, vale por mil de nuestras iglesias, que solo están abiertas los domingos, apenas lo bastante para airearse, y entonces se llenan de una congregación bulliciosa, una iglesia donde el cura es la parte menos importante, donde es uno mismo quien predica, donde el universo predica para ti y puede ser escuchado. No estoy muy seguro, pero creo que esta religión católica podría ser admirable sin tan solo se omitiese la figura del sacerdote. Creo que yo mismo iría a la iglesia a veces, algún lunes, si viviera en una ciudad en la que hubiese una iglesia así a la que ir. En Concord, desde luego no la necesitamos. Nuestros bosques son templos espléndidos, mucho más grandiosos y más sagrados. No osamos dejar nuestras casas de oración abiertas por temor a que sean

profanadas. Una cueva así, un santuario así, en una de nuestras arboledas, ¿durante cuánto tiempo sería respetado? ¿Para qué propósitos entraríamos en él nosotros, que somos como mandriles? Pienso en su valor no solo para la religión, sino también para la filosofía y la poesía; ¡además de un salón de lectura, tener también un salón de reflexión en cada ciudad! Quizá llegue el día en que todas las casas tengan no solo sus dormitorios y comedores y una sala para juntarse a charlar o un salón, sino también sus salas de reflexión, que los arquitectos incluirán en sus planos. Que sean amuebladas y decoradas con cualquier cosa que nos conduzca a la meditación seria y creativa. No objetaría al agua bendita o a cualquier otro símbolo sencillo, sí estuviera consagrado por la imaginación de los fieles.

Escuché a algunos yanquis apostar a que las velas de aquí no eran de cera sino de estaño. Los europeos les aseguraban que eran de cera; pero, al preguntarle al sacristán, se sorprendieron al ver que eran de estaño relleno de aceite. La iglesia era demasiado pobre para poder permitirse las de cera. En cuanto a las iglesias protestantes, aquí, como en cualquier otro lugar, no me interesaban, porque las iglesias solo me interesan, si acaso, como cuevas, y a ese respecto, eran inferiores.

Montreal parece una ciudad más grande de lo que uno se habría esperado encontrar, aunque pueda haber oído que tiene casi sesenta mil habitantes. En las zonas más nuevas, parecía estar creciendo rápido, como un pequeño Nueva York, y daba la sensación de estar considerablemente americanizado. Los nombres de las calles recordaban a París, «el Champ de Mars, la Place d'Armes, y otras», y te sentías como si en cualquier momento pudiese estallar una revolución francesa. La visión del Mont Royal, que se alzaba tras la ciudad, y los nombres de algunas calles en esa dirección recordaban a Edimburgo. Esa colina encuadra esta ciudad de un modo maravilloso. Pregunté en una librería por libros publicados en Montreal. Dijeron que no había más que libros de texto y cosas por el estilo, que compraban sus libros en Estados Unidos. De vez en cuando nos cruzábamos con un sacerdote en las calles, ya que se distinguían por sus ropas, como la policía civil. Como el clero en general, con o sin sotana, nos causaron la impresión de ser afeminados. También nos encontramos con varias hermanas de la caridad

vestidas de negro, con tocas negras al estilo de los sombreros de los cuáqueros protestantes^[12], crucifijos y rostros cadavéricos. Tenían aspecto de haber llorado hasta haberseles secado las lágrimas, sus complexiones como a medio cocer por el llanto ardiente; insultando a la luz del día con su presencia, habiendo hecho voto de no sonreír. Por «cadavéricas» me refiero a que sus caras eran como los rostros de aquellos que llevan muertos y enterrados un año, y después son exhumados, con las penas de la vida sobre sus hombros y en los que, aun así, por alguna inexplicable razón, el proceso de descomposición se ha detenido.

«La verdad nunca le falla a los que la sirven, señor, ni los deja con la pena del día sobre sus hombros».^[13]

Esperaron tímidamente en la acera mientras un camión cargado de pasas entraba en el seminario de St. Sulpice, sin levantar los ojos del suelo ni una sola vez.

Aquí, como por todo Canadá, los soldados parecían estar en exposición y vestir sus mejores galas. Su número era similar al de la proporción de soldados frente a trabajadores que se da en una colonia de termitas africana. Los lugareños, obviamente, dependen de ellos para el entretenimiento y la música. Te los encontrabas patrullando algún cuartel o algún pasadizo, pasando revista, repasando, y pasando por alto, por turnos, todo tipo de leyes, aparentemente por una cuestión de disciplina para con ellos mismos, y no porque fuese importante evitar que alguien entrase allí. Me recordaban a los hombres a los que les pagan por apilar ladrillos y después volverlos a echar abajo. Desde cualquier zona destacada podían vislumbrarse las manos de Inglaterra sujetando sus colonias canadienses, y, a juzgar por lo rojo de sus nudillos, llegué a la conclusión de que pronto iba a tener que soltarlas. En la parte trasera de uno de esos cuarteles, en un espacio cuadrangular cubierto de grava o un patio de armas llamado Champ de Mars, vimos un gran grupo de soldados realizando unos ejercicios; nosotros éramos en ese momento los únicos espectadores. Pero no parecieron darse cuenta de nuestra presencia más de lo que lo habían hecho los devotos en la iglesia; más bien daban la impresión de ser tan indiferentes a los escasos espectadores como lo son los

fenómenos de la naturaleza, fuese lo que fuese lo que pasaba, bajo sus cascos, por sus cabezas respecto a los yanquis que venían. Todos los hombres llevaban guantes blancos de cabritilla. Fue una de las imágenes más interesantes que alcancé a ver en Canadá. El problema parecía ser cómo pulir todas las protuberancias e idiosincrasias individuales y hacer que mil hombres se moviesen como uno solo, animado por una voluntad central, y lo cierto es que casi lo habían logrado. Obedecían a las señales de un comandante que permanecía de pie a bastante distancia, con una batuta en la mano, y la precisión, la exactitud y la armonía de sus movimientos habría sido difícil de igualar. Esta armonía era más llamativa que la de cualquier coro o banda, y probablemente había sido obtenida a cambio de un coste mayor. A mí me dieron la impresión de ser no muchos individuos, sino un gigantesco hombre ciempiés, válido para cualquier tipo de demolición; y ya puestos, ¿por qué no para edificar de ciertas maneras? Si los hombres pudieran combinarse con semejante afán y paciencia para algún fin que realmente valiese la pena, ¿qué no serían capaces de lograr? Ahora solo unen sus manos y parcialmente sus cabezas, y el resultado es que son las herramientas imperfectas de un gobierno imperfecto y tiránico. Pero si pudieran unir todas sus manos, todas sus cabezas y corazones, una cooperación y una armonía así serían el fin y el éxito para el que dicho gobierno existe hoy en vano; un gobierno, por así decirlo, no solo con herramientas sino con mercancía con la que comerciar.

Me vi obligado a formular unas cuantas frases de algo que sonaba como francés para tratar con las vendedoras del mercado, que, en su mayor parte, no hablaban inglés. Según la guía, la población relativa de esta ciudad se reparte más o menos así: dos quintos son francocanadienses; casi un quinto, británico-canadienses; un quinto y medio son ingleses, irlandeses y escoceses; y algo menos de medio quinto son alemanes, estadounidenses y otros. No encontré ni una sola empanada a la venta ni un mal pastel que echarme al petate, como los que se pueden encontrar fácilmente en nuestras ciudades, pero sí un montón de manzanas con muy buena pinta, por las que es famosa la isla de Montreal, y también peras, más baratas y en mi opinión mejores que las nuestras, y melocotones, que, a pesar de que probablemente habían sido traídos del sur, eran tan baratos como suelen serlo en nuestra

tierra. La ley de la oferta y la demanda es tan imperativa, por lo que he oído, que el mercado de Montreal a veces se surte de manzanas verdes del estado de Nueva York semanas antes incluso de que estén maduras en esa ciudad. Aquí vi la resina de abeto que mascan los canadienses envuelta en pequeños papeles plateados, por un penique el paquete; también una fruta pequeña y seca que llamaban *cerises*, mezclada con muchas bayas pequeñas parecidas a las pasas, pero en seguida devolví las que había comprado al encontrarlas bastante insípidas, y me llevé solo una muestra en el bolsillo. Después de haber vuelto de mi viaje he descubierto por comparación que es la fruta del *viburnum lentago*, que en nuestro caso apenas aguanta hasta que está madura.

Me hallaba en la cubierta del vapor *John Munn* bien entrada la tarde cuando el segundo y el tercer *ferry* llegaron de La Prairie con el resto de los yanquis. Nunca había visto tantas calesas, coches de alquiler, carretas y vehículos similares reunidos antes, y dudo incluso que Nueva York pudiese fácilmente proveer más. El amplio e imponente muelle de piedra que se extiende a lo largo de la orilla del río durante un kilómetro y medio y protege la calle del hielo estaba atestado de ciudadanos que habían acudido a pie y en carros para dar la bienvenida o contemplar a los yanquis. Resultaba interesante ver a los conductores de las calesas apresurarse arriba y abajo por las cuestas del muelle con sus pequeños y activos caballitos. Conducen mucho más rápido que en nuestras ciudades. Me han contado que algunos de ellos viajan quince kilómetros hasta la ciudad cada mañana y vuelven todas las noches, sin cambiar los caballos a lo largo del día. En medio de la multitud de carros vi uno bastante amplio cargado con ovejas que tenían las patas amarradas y cuyos cuerpos estaban apilados unos encima de otros, como si el conductor hubiese olvidado que eran ovejas y no filetes de cordero todavía. Confío en que esta fuera una imagen exclusiva de Canadá, aunque me temo que no es así.

CAPÍTULO 2. Quebec y Montmorenci

Alrededor de las seis salimos hacia Quebec, que distaba doscientos noventa kilómetros atravesando el río; dejamos atrás Longvill y Boucherville por la derecha y Pointe aux Trembles, llamado así por haber estado originalmente cubierto por álamos, y Bout de L'isle o «el fin de la isla», por la izquierda. Repito esos nombres no solamente por falta de datos más sustanciales que anotar, sino porque sonaban particularmente poéticos a mis oídos. Sin duda no mentían. Sugerían que alguna vida humana sencilla y quizá heroica podría haber transcurrido aquí. Toda la poesía del mundo cabe en un nombre. Es un poema que el grueso de los hombres escucha y lee. Y ¿qué es la poesía en su sentido más común, sino una serie encadenada de nombres musicales? No necesito sino una buena palabra. El nombre de una cosa podría valer más para mí que la cosa en sí. El reconocimiento del hecho más banal de la naturaleza por parte del hombre y el que a ello asocie su vida aparece de un modo indescriptiblemente hermoso. Todo el mundo repitiendo esta remota verdad, que una vez aquí crecían los álamos; y lo que rápidamente se infiere es que había hombres en este lugar para verlos. Y así ocurriría también con los nombres de nuestros pueblos nativos y vecinos si no los hubiésemos profanado.

La luz del día empezaba a faltarnos y nos fuimos abajo, pero me esforcé en consolarme por verme obligado a hacer este viaje de noche pensando que no me perdía gran cosa, ya que las riberas eran bajas y bastante poco atractivas y que el río mismo era el elemento más interesante. Escuché algo

por la noche sobre que el barco estaba en William Henry, Three Rivers, y en los rápidos del Richelieu, pero yo seguía donde había estado cuando perdí de vista Pointe aux Trembles. Escuchar a un hombre que se acaba de despertar a media noche en el camarote de un barco de vapor preguntar «Camarero, ¿dónde estamos ahora?», es como si en cualquier momento durante la rotación de la tierra alrededor del Sol, o la del sistema en torno a su centro, uno se despertara y le preguntase a uno de los mozos de cubierta: «¿Dónde estamos ahora?».

Salí a cubierta al amanecer, cuando nos encontrábamos a cincuenta o sesenta kilómetros de Quebec. Las riberas eran ahora más escarpadas e interesantes. Había «una sucesión ininterrumpida de casitas encaladas» a ambos lados del río. Eso es lo que dicen todos los viajeros. Pero esto no debe interpretarse como una prueba de la alta densidad de población del país en general, casi ni siquiera de los bancos del río, que llevan ofreciendo una apariencia similar unos cien años. El viajero naturalista sueco Kalm^[14], que bajó por este río en 1749, dice que «ciertamente, puede considerarse un pueblo que empezase en Montreal y terminase en Quebec, que es una distancia de más de doscientos noventa kilómetros, ya que las granjas nunca tienen más de cinco *arpents*^[15], y a veces solo tres divisiones, excepto por unas cuantas». Ya en 1684 Hontan^[16] dijo que las casas no distaban entre sí más que el trecho que recorrería un disparo de bala. Enseguida pasamos Cap Rouge, a unos veintidós kilómetros de Quebec, y vimos la desembocadura del Chaudière enfrente, en el lado sur; la ensenada de Nuevo Liverpool, con sus balsas de troncos y algunos barcos; luego las ensenadas de Sillery y Wolfe, y los altos de Abraham^[17] al norte, ahora con una vista de Cap Diamant^[18] y la ciudadela al frente. El acercamiento a Quebec resultaba bastante imponente. Eran alrededor de las seis de la mañana cuando llegamos. Hay una única calle bajo el acantilado del lado sur del cabo, que se hizo dinamitando la roca y rellenando el río. Las casas de tres pisos no alcanzaban a tapar más de una quinta o una sexta parte de la roca casi perpendicular, cuya cima se encontraba a ciento cinco metros sobre el agua. Vimos, mientras navegábamos junto a él, la señal al borde del precipicio, un tanto arriba, que señalaba el lugar donde Montgomery^[19] murió en 1775.

Antes era costumbre entre los que iban a Quebec por primera vez sumergirse en el agua al pasar por allí o pagar una multa. Ni siquiera se salvaba el gobernador general. Pero éramos demasiados para hacerlo, incluso si la costumbre no se hubiese abolido.

Aquí estábamos, en el puerto de Quebec, aún a quinientos ochenta kilómetros de la desembocadura del San Lorenzo, en una depresión de unos tres kilómetros de extensión de un lado a otro, la cuenca de un río que la mayor profundidad que alcanza es de veintiocho brazas, y, donde aunque el agua es dulce, la marea sube entre cinco y siete metros y medio, un puerto «lo bastante grande y profundo», dice un viajero británico «para dar cobijo a la marina británica». Ya que estoy con esto, debería también decir que, en 1844, el condado de Quebec tenía unos cuarenta y cinco mil habitantes (unos cuarenta y tres mil en la ciudad y los alrededores); unos veintiocho mil canadienses de origen francés; ocho mil británicos; más de siete mil, nativos de Irlanda; mil quinientos, nativos de Inglaterra; el resto, escoceses u otros. Treinta y seis mil pertenecían a la iglesia romana.

Alejándonos de la multitud, subimos por una callejuela estrecha, y de allí ascendimos, por unos escalones de madera llamados Escalera Rompecuellos, hasta otra calle en zigzag estrecha y empinada, excavada en la roca, que por último nos condujo a través de un enorme portalón de piedra llamado puerta de Prescott, la vía de acceso a la parte alta de la ciudad. Este pasaje estaba defendido por cañones, con un puesto de guardia sobre él, un centinela en su lugar y otros soldados cerca para relevarle. Me froté los ojos para asegurarme de que seguía en el siglo XIX y no estaba cruzando uno de esos portales que a veces decoran las portadas de las nuevas ediciones de viejos volúmenes. Pensé que sería un buen sitio para leer las *Crónicas* de Froissart^[20]. Recordaba tanto a la Edad Media como las novelas de Scott. ¡Los hombres aparentemente vivían allí por motivos de seguridad! ¡Que la paz sea con ellos! ¡Es como si los habitantes de Nueva York se fuesen a vivir a Castle Williams! ¡Qué sitio para criar niños! Una vez que hubimos cruzado con seguridad las puertas, naturalmente tomamos la calle en la que la pendiente era más pronunciada, y tras unos cuantos giros, nos encontramos en Durham

Terrace, una plataforma de madera en la ubicación del antiguo castillo de St. Louis, aún a treinta y cinco metros bajo la cumbre de la ciudadela, que dominaba la parte baja de la ciudad, el muelle donde habíamos atracado, el puerto, la isla de Orleans y un buen trozo del río y el territorio que lo rodeaba. Era, literalmente, una vista espléndida. Podíamos ver a diez o doce kilómetros de distancia al nordeste una ensenada en la elevada orilla del canal norte, aparentemente en el lado del puerto, que señalaba la desembocadura del Montmorenci, cuyas famosas cataratas estaban tan solo unos cuantos metros más atrás.

En una zapatería, adonde nos enviaron para ese propósito, cambiamos parte de nuestro dinero americano por dinero inglés. Descubrí que la calderilla americana también nos habría servido, exceptuando los centavos, que valían muy poco frente a sus peniques; hacían falta dos de los primeros para hacer lo que uno de los segundos, y a menudo, un penique que nos había costado dos centavos nos hacía el servicio de solo un centavo. Es más, nuestros robustos centavos se veían obligados a igualarse con un montón de fichas de medio penique y peniques falsos, que llevaban más latón en su composición y así quizá se abrían camino en el mundo. Deseosos de entrar en la ciudadela nos aconsejaron que nos dirigiésemos hacia los barracones de los jesuitas —gran parte de los edificios públicos aquí son barracones— para conseguir un pase del alcalde. No prestamos atención a los centinelas de la puerta, ni ellos a nosotros, y no quedaba demasiado claro para qué estaban allí plantados bajo el sol, a no ser que fuese para impedir la libre circulación del aire. Allí vimos soldados desayunando en su cantina, en mesas de madera sin barnizar, como en un campamento. Continuamente nos encontrábamos soldados en las calles, acarreando extrañas cubetas pequeñas de estaño de todas las formas, incluso semicirculares, como si estuviesen hechas para que resultase más sencillo meterlas en el petate. Supuse que contenían sus almuerzos, unas rebanadas de pan y mantequilla para cada uno, quizá. A veces llevaban una especie de cofre, bien en andas o bien en una especie de carretilla, con un paso militar saltarín y airoso, con todos los viajeros cediéndoles el paso; hasta los conductores de carros se detenían para dejarlos pasar, como si la batalla se estuviese perdiendo por un suministro inadecuado

de la pólvora. Había en la ciudad un regimiento de *highlanders*^[21], y, por lo que me dijeron, también de Royal Irish; y para entonces había también un regimiento de yanquis. Ya había observado, incluso al mirar hacia arriba desde el agua, la cabeza y los hombros de algún general Poniatowski^[22], con un gigantesco bicornio, tratando de ver por encima del tejado de una casa, muy arriba, donde están las salidas de humo de las chimeneas en nuestro país, como si fuese una caricatura de la guerra y del horror militar; pero no había ascendido mucho hacia la calle San Luis antes de que se resolviese el acertijo con la aparición de un *highlander* de carne y hueso tocado con un bicornio y con las rodillas expuestas, allí plantado y marchando como centinela por la muralla que discurría entre las puertas de San Luis y San Juan. (Debe de ser una guerra santa la que se disputa allí). Nos quedamos por ahí cerca sin temor y lo miramos. Tenía las piernas un poco morenas, y había empezado a crecer vello en ellas, como algunos de los hombres sabios de entre los nuestros predicen que ocurrirá en tales casos, pero no me pareció que fueran especialmente llamativas por ninguna razón. A pesar de todo su equipamiento bélico, cuando le pregunté por el camino hacia las llanuras de Abraham^[23], no pudo contestarme sin traicionar cierta timidez con su marcado escocés. Poco después nos cruzamos con otra de esas criaturas, apostado como centinela en la puerta de San Luis, que nos dejó pasar sin dispararnos o sin ni siquiera pedirnos la contraseña. Empezamos a atravesar la puerta, que era tan gruesa y tenía tal aspecto de túnel que me recordó a los versos del anciano de Verona^[24] sobre lo de que salir por la puerta es la parte más importante de un viaje; y puedes imaginarte arrastrándote a través de una viñeta arquitectónica al final de un libro antiguo. Entonces recordamos que veníamos de una fortaleza, de la que salimos haciendo zigzag a un camino similar a una zanja, cubriendo una distancia considerable para avanzar tan solo unos cuantos metros, en un lugar donde podrían habernos disparado dos o tres veces, si sus mentes hubiesen estado tan dispuestas a ello como sus armas. La parte más grandiosa o al menos la más prominente de la ciudad se construyó con la idea de ofrecer la más absoluta resistencia a los misiles de hierro y plomo que pudiesen ser lanzados contra ella; pero es un hecho meteorológico y psicológico destacable que el plomo no suele llover con semejante virulencia excepto en lugares así contruidos. Seguimos de este modo durante un

kilómetro y medio y llegamos a las llanuras de Abraham; porque ahora que habíamos acabado ya con los santos, llegábamos a los patriarcas. Aquí estaban pasando revista al regimiento de los *highlanders*, mientras que la banda se mantenía a un lado y tocaba; creo que era *La Claire Fountaine*, el himno de los francocanadienses.

En este lugar tuvo una vez lugar una batalla real y, para conmemorarlo, se ha venido celebrando aquí una recreación de la batalla casi cada año desde entonces. Los *highlanders* maniobraron muy bien, y si acaso la precisión de sus movimientos no era especialmente notable, no parecían tan envaradamente rígidos como los ingleses o los Royal Irish, sino que tenían una compostura más elástica y gallarda, como una manada de sus venados, o como si estuviesen acostumbrados a bajar por las laderas de las montañas. Pero en general causaban una impresión bastante pobre, porque resultaba obvio que toda humanidad real iba a serles arrebatada a base de entrenamiento. No me cabe duda de que los soldados bien entrenados son una especie particularmente desprovista de originalidad e independencia. Los oficiales parecían hombres vestidos por encima de sus posibilidades. Es imposible darle una buena educación a un soldado sin hacer de él un desertor. Su enemigo natural es el gobierno que le entrena. ¿Qué haría, obviamente, un filántropo que se preocupase por el bienestar de estos hombres sino primero enseñarles a respetarse a sí mismos de modo que no se dejaran emplear para este trabajo, fueran cuales fuesen las consecuencias para este o aquel gobierno? No entrenar a unos pocos, sino educarlos a todos. Vi un hombre mayor entre ellos, gris como una rata de alcantarilla y más ágil que el demonio, marchando al mismo paso que el resto, a quien seguro le costaría conseguir esa compostura flexible.

Volvimos a la ciudadela caminando junto a las colinas y arrancando las flores que allí crecían. En la misma cumbre de Cap Diamant abundaban la achicoria, aún en flor, el solidago de hoja ancha, el botón de oro, los arbustos de zarzas, los cardos de Canadá y la hiedra. También encontré *silene cucubalis* en los alrededores. Allí disfrutamos de una amplia vista que describiré en otro momento. Nuestro pase establecía que el cumplimiento de

todas las reglas sería impuesto estrictamente, como si estuviesen decididos a mantener una apariencia de realidad hasta el último aliento. Nos franqueó la puerta de Dalhousie^[25], y nos condujo por la ciudadela un *highlander* de piernas desnudas con un bicornio y el uniforme completo. Nos dijo que llevaba allí unos tres años, y que antes había estado destinado en Gibraltar. Como si su ejército, habiendo quizá estado asentado entre las piedras del castillo de Edimburgo, debiese errar de roca en roca de ahí en adelante por toda la superficie de la Tierra, como un águila calva u otro animal de presa, de nido en nido. Cuando salíamos, nos encontramos con los yanquis que venían todos en masa con un oficial de los casacas rojas al que llamaban «comandante» a la cabeza y escoltados por numerosos ciudadanos británicos y francocanadienses. Por lo tanto, yo inmediatamente me uní a la procesión y rodeé de nuevo la ciudadela con guías más inteligentes, llevando, como antes, todos mis efectos conmigo. Al ver que nadie caminaba junto al comandante de la casaca roja, me uní a él, y aunque yo no iba lo que diríamos bien vestido, él no supo si darme la espalda o no, porque yo le hablaba como alguien que no es consciente de ninguna deficiencia al respecto. Probablemente no había, entre todos los yanquis que habían ido a Canadá en esta ocasión, uno más espléndidamente ataviado que yo. Habría sido una pobre anécdota de no haber gozado yo de cierta distinción. Llevaba puestas «ropas de mal tiempo», como Olaf Trygveesson, el vikingo^[26] cuando fue a la Asamblea en Inglaterra, donde, por cierto, ganó a la que sería su esposa. Mientras estábamos de pie junto al cañón del treinta y dos en la cima de Cap Diamant, que se dispara tres veces al día, el comandante me dijo que este alcanzaba hasta la isla de Orleans, a seis kilómetros y medio, y que ningún navío hostil podía acercarse al perímetro de la isla. Ahora vi los barracones subterráneos, o más bien acasamatados, de los soldados, que no había visto antes, aunque podría haber pasado sobre ellos. Tenían ventanas muy estrechas, que servían como aspilleras para los mosquetes, y pequeñas chimeneas de hierro que se alzaban sobre el suelo. Allí vimos a los soldados a sus anchas, desvestidos y cortando leña (me fijé bien para ver si con espadas o hachas), y tratando de varios modos diferentes de hacerse a la idea de que su nación estaba en paz con este rincón del mundo. A una parte de cada regimiento, principalmente a los oficiales, les está permitido casarse. Un

inglés de aspecto paternal que quería ser gracioso no pudo darle al yanqui al que manejaba con cierta condescendencia ninguna razón que explicase las desnudas rodillas de los *highlanders*, excepto como una curiosidad. La piedra es un poco convexa dentro de la ciudadela, así que las bombas que caían sobre ella debían rodar hacia la circunferencia, donde estaban los barracones de los soldados y los oficiales; se ha propuesto, por lo tanto, hacerla ligeramente cóncava, para que puedan rodar hacia el centro, donde resultarían comparativamente inofensivas, y se estima que esto costaría veinte mil libras esterlinas. Sería bueno tenerlo en cuenta cuando construya mi próxima casa, para que el tejado sea «correcto» en caso de bomba.

A media tarde nos apresuramos a bajar por la calle Sault-an-Matelot hacia las cascadas de Montmorenci, a unos trece kilómetros San Lorenzo abajo en el lado norte, posponiendo una exploración más profunda de Quebec hasta nuestra vuelta. Por el camino vimos en la calle a hombres serrando leños con sierra abradazadera y después con una sierra común para madera, y cortando con ayuda de caballos los tablones en cuadrados para pavimentar con ellos las calles. Esto parecía poco ambicioso, especialmente en un país en el que abunda la energía hidráulica, y también me recordó que ya no estaba en tierras yanquis. Al preguntar, descubrí que la excusa para esto era que la mano de obra era baratísima, y pensé con cierta lástima: «¡Qué baratos son aquí los hombres!». Desde entonces he sabido que el viajero inglés Warburton comentó poco después de desembarcar en Quebec que aquí todo era barato excepto los hombres. Esa debe de ser la diferencia entre viajar allí desde la vieja o la nueva Inglaterra. Ya había observado a los perros atados a sus pequeños carros lecheros, que contenían un único recipiente grande, durmiendo en las cunetas, sin importarles los caballos, mientras descansaban de sus tareas, en diferentes etapas de su ascenso hacia la parte alta de la ciudad. Me sorprendió el uso generalizado y habitual que se hacía de estos animales para arrastrar no solamente leche, sino víveres, madera, etcétera. Me recordó que a los perros no se les da normalmente ningún uso. Los gatos cazan ratones; pero los perros solo molestan a los gatos. Hace cien años, Kalm^[27] vio aquí trineos para señoras arrastrados por una pareja de perros. Dice: «Un perro de tamaño medio es suficiente para acarrear a una sola

persona cuando los caminos están en buen estado», y la gente mayor comentaba que los caballos eran muy escasos en su juventud y que casi todo el transporte por tierra era llevado a cabo por perros. Me hizo pensar en los esquimales, que, de hecho, son el siguiente pueblo más al norte. Charlevoix^[28] dice que los primeros caballos se introdujeron en 1665.

Cruzamos el puente de Dorchester, sobre el St. Charles (el pequeño río en el que Cartier, el descubridor del San Lorenzo, ancló sus barcos y pasó el invierno de 1538), y nos encontramos en una carretera perfectamente macadamizada^[29] llamada Le Chemin du Beauport. Habíamos salido de Concord el miércoles por la mañana y estábamos decididos a ser conscientes de que ahora, el viernes por la mañana, nos encontrábamos dando un paseo por Canadá, en el señorío de Beauport, en un país extranjero que unos pocos días antes parecía tan lejano como Francia e Inglaterra. En lugar de deambular por el estanque Flint o la campiña de Sunbury, nos encontrábamos, tras retrasarnos ligeramente en trenes y barcos de vapor — después de pasar media noche en Burlington y medio día en Montreal—, paseando orilla abajo por el río San Lorenzo en dirección a las cascadas de Montmorenci y otros lugares. «Bien», me dije, «aquí estoy, en un país extranjero, tengamos los ojos bien abiertos y empapémonos de ello». Se veía y se sentía que el tiempo era bastante más frío aquí de lo que lo había sido en Nueva Inglaterra, como era de esperar. Comprendí de lleno que estaba cuatro grados más cerca del polo, y esa idea me hizo estremecer; y me pregunté si sería posible que no hubiese pasado ya la temporada de los melocotones a mi regreso. Era una atmósfera que me hizo pensar en el negocio de las pieles, que es un sector tan interesante en Canadá, ya que cubriéndome la cabeza llevaba únicamente un fino sombrero de palma sin forro, que había costado veinticinco centavos, y sobre mi abrigo, una de esas cubiertas marrones de lino con un estampado de dibujitos del Oak Hall, indeciblemente baratos, además de muy delgados, de esos que aparecen cada verano por toda Nueva Inglaterra, tan gruesos como las hojas sobre los árboles. Era un atuendo totalmente yanqui que algunos de mis compañeros de viaje vestían en los vagones para evitar que sus abrigos se ensuciasen. Al principio yo llevaba el mío porque tenía mejor aspecto que el abrigo que cubría, y también porque dos abrigos dan más calor que uno, aunque uno fuese fino y estuviese sucio.

Nunca llevo mi mejor abrigo en un viaje; aunque quizá debería mostrar un certificado que probase que tengo uno más caro, al menos, en casa, si eso es todo lo que un caballero precisa. No es buena idea para un viajero ir demasiado arreglado. No se me ocurriría, como no se me ocurriría ponerme una pechera postiza limpia y darles betún a mis zapatos para ir a pescar. Como si salieras a cenar cuando, de hecho, el viajero auténtico sale a trabajar duro y a viajar en condiciones aún más duras, a comerse un mendrugo de pan al borde del camino cuando puede conseguirlo. Viajar de verdad tiene que ver con el trabajo sucio, tan sucio como sea posible. Vaya, lo que un hombre necesita para eso es un buzo. Y respecto a dar betún a mis zapatos en ese caso, antes se me ocurriría dármele en la cara. Llevo un trozo de sebo para preservar el cuero y mantener a raya el agua, eso es todo; y más de un limpiabotas entrometido que, al tomarme por un caballero, se ha llevado mis zapatos mientras estaba dormitando ha tenido ocasión de arrepentirse antes de haberles sacado brillo. Tardé poco en preparar mi equipaje, de hecho, porque guardo una pequeña lista de esos artículos que, por la experiencia frecuente, considero indispensables para el que viaja a pie, y cuando voy a salir, solo tengo que consultarla para estar seguro de que no falta nada y, lo que es más importante, de que no he incluido nada superfluo. La mayoría de mis compañeros llevaban bolsas de viaje o maletas de mano. De vez en cuando, uno de ellos cargaba dos o tres voluminosas maletas amarillas y las agarraba cada vez que se engancharan los vagones, como si fuese a tener que correr para coger asiento de nuevo; y cuando había que apresurarse y no había demasiados huecos, veía a mi hombre entre la multitud, con dos o tres cariñosos y vigorosos compañeros a cada lado de su brazo, entre su hombro y sus maletas, que al final acababa sosteniendo pegadas a su espalda, igual que la cabeza de un tornillo está pegada a la rosca. No pude evitar preguntarme: «¿Por qué esa necesidad imperiosa de enseñarles Canadá a estas maletas cuando tal vez tus propios sobrinos han tenido que quedarse en casa a falta de un acompañante?». Me habría gustado estar presente cuando el agente de aduanas subió a bordo, se acercó a él y le pidió que declarase por su honor si tenía algo que no fuesen prendas de vestir en ellas. Hasta un elefante lleva únicamente un baúl pequeño en sus viajes. La perfección en un viaje es poder llevarlo a cabo sin equipaje. Después de mucha reflexión y mucha

experiencia he decidido que la mejor bolsa para el viajero de a pie es la que se hace con un pañuelo, o, si le preocupan las apariencias, con un trozo de papel grueso de embalar, bien atado y con un pedazo limpio dentro para usarlo cuando el primero se rompa. Eso vale tanto para el campo como para la ciudad, y nadie sabrá si llevas a casa seda para un nuevo vestido para tu esposa, cuando en realidad podrías llevar una camisa sucia. Un bulto que puedes acarrear literalmente bajo el brazo y que encogerá o aumentará de tamaño según sus contenidos. Nunca he encontrado una maleta del mismo tamaño que no resulte ser una carga. Nos consideramos caballeros del paraguas y el fardo porque allá donde fuéramos, ya fuese a Notre Dame, Mont-Royal o el Champ de Mars, ante el alcalde o al obispado, a la ciudadela con un *highlander* de piernas descubiertas como escolta, o a las llanuras de Abraham, a cenar o a dormir, el paraguas y el fardo iban siempre con nosotros, porque queríamos estar preparados para irnos por las ramas en cualquier momento. Convertíamos cualquier sitio sin nada de particular en nuestro hogar, siempre que nuestro paraguas y nuestra maleta estuvieran allí. Habría sido divertido si el alcalde de alguna de esas ciudades nos hubiese preguntado educadamente dónde nos hospedábamos; solo podríamos haberle respondido que, por el momento, nos hospedábamos con su excelencia. Me hizo gracia cuando, a la vuelta, algunos inocentes nos preguntaron si nos había resultado fácil encontrar buen alojamiento, como si uno fuese al extranjero para alojarse en un buen sitio, cuando eso podemos tenerlo en casa. No había demasiada gente allí donde nos quedábamos. Las mejores casas, en mi opinión, nunca están muy concurridas. Pero seguiré con mi historia.

Nos cruzamos con muchas carretas que traían madera y piedra a la ciudad. Hasta los caballos de aspecto más corriente viajaban más rápido que los nuestros; a lo mejor parecían corrientes porque, por lo que me han contado, los canadienses no utilizan la almohaza. Además, se dice que cuando se acerca el invierno, a sus caballos les crece una mayor cantidad de pelo para protegerse del frío. Si eso es cierto, algunos de nuestros caballos le harían a uno pensar que el invierno se acerca incluso en pleno verano. Pronto empezamos a ver mujeres y muchachas trabajando en los campos, sacando patatas ellas solas, o haciendo montones con el grano que cortaban los

hombres. Parecían gozar de una salud robusta, con mucho color en sus mejillas, y si tal vez su ocupación las había curtido, los efectos de esta me parecieron mejores que los de hacer camisas a cuatro peniques cada una, o los de no hacer nada, como no sea mordisquear un lapicero con resultados aún menores. Eran un objeto de contemplación mucho más agradable, con sus sombreros de ala ancha y sus vestidos largos y vaporosos, que los hombres y los muchachos. Más tarde las vimos desempeñando otras muchas labores; sin duda me pareció ver a más mujeres que hombres trabajando al aire libre. A la vuelta, vimos en esta ciudad a una chica con unas botas indias, que tenían algo más de medio metro de altura, quitándole el arnés a un perro. La pureza y la transparencia de la atmósfera eran maravillosas. Cuando llevábamos una hora andando, nos sorprendió, al girarnos, ver lo cerca que aún parecía quedar la ciudad con sus brillantes tejados de cinc. Una ciudad a unos dieciséis kilómetros de distancia no parecía estar a más de cinco o seis. Me convencí de que se podían ver los objetos con claridad a mucha más distancia en Canadá que aquí. Es verdad que los pueblos son de un deslumbrante color blanco, pero el deslumbramiento ha de atribuirse a la transparencia de la atmósfera, además de al encalado.

Habíamos llegado prácticamente al pueblo de Beauport, aunque seguía habiendo una única carretera. Las casas estaban erigidas muy cerca de esta, sin jardines delanteros y en cualquier ángulo respecto a ella, como si las hubiesen dejado caer allí, colocadas con más relación al camino que transita el sol. Al faltar poco para el anochecer y encontrarse las cascadas cerca, empezamos a buscar alojamiento, ya que preferíamos hospedarnos en una casa privada, para poder conocer más de cerca a los habitantes. Preguntamos primero en las casas de aspecto más prometedor, si es que de alguna podía decirse que era prometedora. Cuando llamamos a la puerta gritaron alguna palabra francesa para decir «pasen», quizás *entrez*, y pedimos alojamiento en inglés; pero descubrimos, inesperadamente, que solo hablaban francés. Seguimos adelante y probamos en otra casa, donde fuimos saludados por dos o tres chuchos que en seguida distinguían a un extranjero, y a los que ahora estábamos preparados para escuchar ladrar en francés. Nuestra primera pregunta era: «¿Habla inglés?», pero la invariable respuesta era: «*Non*,

Monsieur», y pronto descubrimos que los habitantes eran exclusivamente francocanadienses y que nadie hablaba inglés ya en Francia; que lo cierto era que estábamos en un país extranjero en el que los habitantes no articulaban ni un sonido que nos fuese familiar. Entonces intentamos por turnos hablar en francés con ellos, y en ocasiones tuvimos bastante éxito, pero en general fue bastante mal. «*Pouvez-vous nous donner un lit cette nuit?*», preguntábamos, y ellos respondían en elocuente francés, por lo que solo comprendíamos alguna palabra suelta. En general entendíamos mejor a las mujeres y los niños que a los hombres, y lo mismo al revés; y por eso, tras un rato entendíamos que no tenían más camas que aquellas que usaban, así que nos veíamos obligados a preguntar «*Y a-t-il une maison publique ici?*» (deberíamos haber dicho *auberge*, quizá, porque no parecían haber oído hablar de lo anterior), y contestaban finalmente que no había ninguna fonda, a no ser que pudiésemos encontrar alojamiento en el molino, *le moulin*, que habíamos dejado atrás; o podían indicarnos como llegar a un almacén de comestibles, y prácticamente cada casa tenía un pequeño almacén a uno de sus lados. Visitamos al notario público o abogado del pueblo, pero tampoco tenía ni más camas ni más conocimientos de inglés que el resto. En una casa se dio inmediatamente un malentendido muy gracioso, debido a los buenos modales de todos los involucrados; nos animaron a entrar, sentarnos y pedir un vaso de agua, y haber bebido su agua nos pareció que era lo mismo que haber probado su comida. Cuando nuestro anfitrión y su esposa hablaban de lo miserables que eran sus habitaciones, refiriéndose a su alojamiento propio, les aseguramos que eran comodidades suficientes, ya que pensamos que solo se disculpaban por lo pobre de las comodidades que nos iban a ofrecer, y no descubrimos nuestro error hasta que nos hicieron subir por la escalera hasta un altillo y nos mostraron lo que habían tratado de hacerles comprender a nuestros cerebros a través de nuestras orejas, que solo tenían un cuarto con sus escasas camas para la familia entera. Dijimos *adieu* sin dilación y con gravedad, percibiendo el significado literal de esa palabra. Finalmente nos condujeron a una especie de hostería, cuyo dueño trabajaba para Patterson, el propietario de extensos aserraderos impulsados por un pedazo del Montmorenci robado a la cascada; ahora alcanzábamos a oír claramente el rugido de esta. Ahí hablamos, o más bien destrozamos el francés durante la velada con el patrón de la casa y su

familia, y probablemente lo pasamos mejor de lo que lo hubiésemos hecho de habernos entendido del todo. Finalmente nos condujeron a una cama en su mejor habitación, que resultaba bastante alta a la hora de tumbarse, con un riel bajo de madera. No tenía sábanas de algodón, sino ásperas sábanas caseras de lino oscuro. Después tendríamos que conformarnos con sábanas más bastas que aquellas, y casi del color de nuestras mantas. Había un enorme aparador abierto, atestado con loza en una esquina de la habitación, como si fuese para lucir sus riquezas ante los viajeros, y cuadros de escenas de las Escrituras, franceses, italianos y españoles, colgados por la habitación. Nuestra anfitriona volvió inmediatamente para preguntar si queríamos *brandy* para desayunar. A la mañana siguiente, cuando les pregunté sus nombres, descolgó los certificados del compromiso de templanza^[30] de ella y de su marido e hijos, que estaban todos colgados en la pared. Se trataba de Jean Baptiste Binet y su esposa Genevieve Binet. Jean Baptiste es el sobrenombre cariñoso de los francocanadienses.

Tras el desayuno continuamos nuestro camino hacia la cascada, que se encontraba a algo menos de un kilómetro, y a esa distancia el ruidoso rugido, como el viento entre las hojas, llenaba el aire. Nos decepcionó descubrir que en cierta medida se nos cerraba el paso a la parte oeste de la catarata a causa de los terrenos privados y las vallas de Patterson, que se había apropiado no solo de una parte del agua para su aserradero, sino también de un trozo más grande de la perspectiva, así que nos vimos obligados a colarnos. La mansión de este caballero y sus terrenos habían estado anteriormente ocupados por el Duque de Kent, padre de la reina Victoria. Me parecía de mal gusto por parte de un individuo, aunque fuese el padre de la reina Victoria, imponerse con sus tierras y sus títulos, o al menos con sus vallas, sobre un fenómeno natural tan sobresaliente que debería en todos los sentidos pertenecer a la humanidad. Algunas cascadas deberían incluso ser sagradas a la intrusión de los molinos y las fábricas, como privilegios acuáticos en un sentido distinto al de la construcción de molinos. Este pequeño río cae perpendicularmente hasta casi setenta y seis metros en un punto. El San Lorenzo solo tiene unos cincuenta metros de caída en Niágara. Es una cascada muy sencilla y noble, y no deja nada que desear; pero lo mejor que yo puedo decir al respecto solo tendría la

fuerza de un testimonio más para asegurarle al lector que está allí. Miramos directamente hacia abajo desde una roca que sobresalía, y vimos muy lejos bajo nuestros pies, en un pequeño promontorio, la hierba, que se mantenía verde y fresca por la eterna llovizna, con el mismo aspecto del musgo. La piedra es parecida a la pizarra, con grietas en las que crecen helechos y solidagos. Los árboles que más abundan en las orillas son el falso abeto y la tuya o tuja, esta última muy grande y ahora cargada de frutos; también álamos, alisos y el serbal con sus bayas. Todo inmigrante que llega a este país por el San Lorenzo al alcanzar el punto de la isla de Orleans ve el Montmorenci verterse atropelladamente en el Gran Río de ese modo majestuoso, en una enorme sábana blanca, haciendo su contribución con énfasis. El práctico que acompañaba a Roberval^[31], Jean Alphonse^[32], vio de este modo la cascada y la describió en 1542. Es una introducción espléndida al paisaje de Quebec. En lugar de una fuente artificial en sus plazas, Quebec tiene esta magnífica catarata natural para decorar un lado de su puerto. A través del abismo a nuestros pies, al que solo se lograba acceder con marea baja, pudimos contemplar una espectacular visión de Quebec y de la caída al mismo tiempo. Kalm dice que el ruido de la cascada puede oírse a veces en Quebec, a casi nueve kilómetros de distancia, y que eso indica que hay viento del nordeste. El lateral de este abismo, de pizarra débil y quebradiza, demasiado empinado para trepar por él, era uno de los rasgos memorables de la escena. En el invierno de 1829, la aspersión congelada de la catarata que fue cayendo sobre el hielo del San Lorenzo creó una colina de casi cuarenta metros de altura. Es un fenómeno anual que algunos creen que ayudaría a explicar la formación de los glaciares.

En los alrededores de la cascada empezamos a ver lo que parecían nuestras zarzas de frutas rojas, que habían alcanzado el tamaño de un manzano común, muy habitual y lleno de grandes frutas rojas o amarillas que los nativos llamaban *pommettes*, pero no vi que las usasen para nada.

Nota de Thoreau: Hierosme Lalemant dice en 1648, en su crónica, siendo él superior: «Todos aquellos que vienen a Nueva Francia conocen bien la montaña de Notre Dame, porque los prácticos y marineros que llegan por el

lado del Gran Río opuesto a esas grandes montañas por lo general “bautizan” a los nuevos pasajeros por diversión, si estos no logran evitar mediante algún regalo la inundación de este bautismo que uno hace fluir abundantemente sobre sus cabezas...».

CAPÍTULO 3. Santa Ana

A media mañana, aunque era un día lluvioso, estábamos una vez más de camino a la orilla norte del San Lorenzo. Íbamos en dirección nordeste, hacia las cataratas de Santa Ana, que están a unos cincuenta kilómetros de Quebec. La porción civilizada de Canadá este, más llana y fértil, podría describirse de modo rudimentario como un triángulo, con el vértice inclinado hacia el nordeste, de alrededor de ciento sesenta kilómetros de base y de cuatro, cinco o incluso seis kilómetros de largo, si se tiene en cuenta su delgado extremo nordeste, el inmediato valle de San Lorenzo y sus afluentes, que ascienden por uno o sucesivos terraplenes hasta las montañas a ambos lados. Aunque en el mapa las palabras «Canadá este» se extienden sobre muchos ríos, lagos y zonas silvestres, el auténtico Canadá, que podría ser el trozo coloreado del mapa, no es más que un pequeño claro a las orillas de un río, que solamente una de las sílabas de su nombre bastaría de sobra para cubrir. Las orillas del San Lorenzo son bastante bajas desde Montreal a los rápidos de Richelieu, a unos sesenta y cinco kilómetros de Quebec. De ahí van elevándose gradualmente hasta Cap Diamant, o hasta el mismo Quebec. Donde nos encontramos ahora, a trece kilómetros al nordeste de esta ciudad, las montañas que desde el lado norte de este triángulo estaban a tan solo ocho o diez kilómetros del río se alejan gradualmente más y más de él, hacia el oeste, hasta alcanzar el Ottawa, y se apresuran a ir a su encuentro al este, en Cap Tourmente, ahora a plena vista, a unos treinta y dos kilómetros de distancia. Así que viajábamos por un triángulo muy estrecho y apuntado entre las montañas y el río, inclinado hacia arriba en dirección a las montañas en el

norte, sin perder nunca de vista nuestro gran compañero de viaje, a la derecha. Según la obra *Topographical Description of the Canada*, de Bouchette^[33], estábamos en el señorío de la Cote de Beaupré, en el condado de Montmorenci, y el distrito de Quebec; en esa parte de Canadá que fue la primera que se colonizó, y donde los rostros del país y de la población han sufrido un menor cambio desde el principio, y donde la influencia de los Estados Unidos y de Europa se deja sentir menos y los habitantes ven poco o nada del mundo sobre los muros de Quebec. Este señorío fue reconocido en 1636, y es ahora propiedad del Seminario de Quebec. Es el más montañoso de la provincia. Hay una media docena de parroquias en él, cada una con una iglesia, una casa parroquial, un molino de harina y varios aserraderos. Ahora estábamos en la parroquia más occidental, llamada Ange Gardien, o Ángel Guardián, que limita al oeste con el Montmorenci. La orilla norte del San Lorenzo es una formación enorme en esta zona. Se inclina suavemente, o bien directamente desde la orilla o bien a partir de un punto, hasta que a la distancia de más o menos un kilómetro y medio alcanza la altura de unos ciento veinticinco o ciento cincuenta metros. La única carretera discurre paralela al borde de la pendiente, a entre sesenta y noventa metros de distancia del río al principio, y entre unos cuatrocientos metros y un kilómetro y medio después, y ofrece hermosas vistas del canal norte, que tiene una anchura de aproximadamente un kilómetro y medio, y de la preciosa isla de Orleans, de unos treinta y dos kilómetros de largo por ocho de ancho, donde crecen las mejores manzanas y las mejores ciruelas del distrito de Quebec.

Aunque no existe más que esta única carretera, allí hasta donde caminamos ese día y al día siguiente, a unos cincuenta kilómetros río abajo, todo era un pueblo continuo, y las casas estaban tan cerca las unas de las otras a lo largo de todo el camino como lo están en uno de nuestros más pequeños y desordenados pueblos del campo. Y nunca éramos capaces de decir por su número cuándo estábamos a las afueras de una parroquia, ya que la carretera nunca cruzaba por bosques o campos. Nos dijeron que solo había diez kilómetros de la iglesia de una parroquia a la de la otra. Creo que vimos todas las casas de Ange Gardien. Por eso, como era un día lluvioso, no

salimos del barro, ni del pueblo, excepto que cruzásemos la valla; en ese caso, sin duda, si estaba en el lado norte, nos encontrábamos fuera del mundo civilizado. A veces había unas cuantas casas más en los terrenos próximos a la iglesia, cierto, pero solo teníamos que alejarnos unos setecientos metros de la carretera hacia la parte alta de la orilla para encontrarnos al borde del despoblado, y, en su mayor parte, de áreas silvestres sin explorar que se extienden hasta la bahía del Hudson. Las granjas eran, en consecuencia, extremadamente alargadas y estrechas, y cada una de ellas estaba colocada mirando al río. Bouchette justifica esta forma de disponer un pueblo haciendo referencia a «el carácter social del campesino canadiense, particularmente aficionado a la compañía de sus vecinos», además de por la ventaja que surge de la concentración de fuerza en tiempos de los indios. Cada granja, llamada *terre*, dice, tiene, en nueve de cada diez casos, tres *arpents* de ancho por treinta de largo, o lo que es lo mismo, ciento setenta y cinco metros de ancho por mil setecientos cincuenta metros de largo: a veces medio *arpent* por treinta, o uno por sesenta; a veces, incluso, unos pocos kilómetros por unos cuantos metros. Por supuesto, esto resulta más caro a la hora de cercar. Una diferencia llamativa entre el carácter canadiense y el de Nueva Inglaterra surge del hecho de que, en 1745, el gobierno francés fue obligado a dictar una ley que prohibía bajo castigo a los granjeros o *censitaires* construir en una tierra de menos de un *arpent* y medio de anchura por treinta o cuarenta de largo^[34], para obligar a la emigración y conseguir que se cultivasen todos los terrenos del señor; y se cree que ahora son menos reacios a abandonar el techo de sus padres que antes, «yéndose más allá de donde la vista alcanza a ver la torre de la iglesia de su pueblo, o el oído a oír sus campanadas». Pero resulta que en el siglo anterior, o en el XVII, la queja, a menudo repetida, era justo de carácter contrario, concretamente que los habitantes se dispersaban y se exponían a los iroqueses. En consecuencia, alrededor de 1664, el rey se vio obligado a ordenar que «no se formasen más claros excepto uno al lado del otro, y que limitasen sus parroquias a la forma de las parroquias en Francia en la medida de lo posible». Los canadienses de esa época, al menos, poseían un espíritu aventurero que los llevaba, exponiéndolos a las penurias y al peligro, más allá de lo que los colonos de Nueva Inglaterra nunca habían ido, y les conducía, aunque no a despejar y colonizar los terrenos salvajes, sí a

recorrerlos como *coureurs de bois*^[35], corredores de los bosques, o como Honran prefiriere llamarlos, *coureurs de risques*, corredores de riesgos; por no hablar de su emprendedor sacerdocio; y Charlevoix cree que si las autoridades hubiesen tomado las medidas adecuadas para evitar que la juventud se dedicase a recorrer los bosques (*de courir les bois*), habrían tenido un ejército excelente para enfrentarse a los indios y a los ingleses.

El camino, en este suelo con aspecto arcilloso, estaba totalmente enlodado debido a la lluvia de la noche. Nos encontramos con una anciana guiando a su perro, atado a un pequeño carro, hacia la parte menos embarrada. Era una visión miserable. Pero aun atado al carro como estaba, lo escuchamos ladrar tras haberle dejado atrás, aunque miramos a todas partes menos al carro tratando de encontrar al perro que ladraba. Las casas por lo general estaban orientadas hacia el sur, fuera cual fuese el ángulo que tuviesen respecto a la carretera; y en muchas ocasiones no tenían puerta alguna, ni alegres ventanas que diesen al camino. La mitad del tiempo, distaban entre setenta y cinco y doscientos metros de la carretera, y no había aparentemente ningún camino hasta ellas, lo que le haría a uno pensar que existía otra carretera que pasaba por allí; eran de piedra, argamasadas de modo bastante burdo, pero limpiamente encaladas, casi invariablemente de tan solo un piso y largas en relación a su altura, con tejados de tejas apuntadas a modo decorativo, imitando las estacas de una cerca, en los aleros, y también en la fila que estaba en mitad del tejado. Los gabletes a veces sobresalían entre treinta y sesenta centímetros del caballete del tejado. Y sin embargo, eran residencias bastante humildes y poco pretenciosas. Por lo general tenían grabada la fecha en la que habían sido levantadas. Las ventanas se abrían por la mitad, como persianas de lamas, y a menudo contaban con gruesas contraventanas. A veces, cuando pasábamos por la parte trasera de alguna casa que quedaba cerca de la carretera, observábamos robustas estacas apoyadas contra ella, a las que las contraventanas, ahora medio abiertas, se ataban por las noches; por dentro, las casas estaban muy bien techadas con madera sin pintar. El horno estaba por lo general al aire libre, construido con piedra y argamasa, y en muchas ocasiones sobre una plataforma de tablas. La bodega solía estar en la parte opuesta a la carretera,

delante o detrás de las casas, con el aspecto de una de nuestras neveras y con una celosía como puerta para el verano. Los escasos mecánicos que nos habíamos encontrado tenían un aspecto de ancianas amas de casa, con sus delantales y sus *bonnets rouges* como gorros de bufón. Los hombres normalmente llevaban el mismo *bonnet rouge*, o un gorro de lana roja o de estambre, a veces azul o gris, y a nosotros nos parecía como si estuviesen recién levantados de la cama y llevasen todavía el gorro de dormir, y de hecho, después descubrí que era así. Sus ropas eran del paño del país, *étouffe du pays*, grises o de algún otro color poco llamativo. Las mujeres eran recias, con vestidos rígidos y abultados, que parecían también, en su mayoría, de algún material hecho en casa. Además, vimos algunos especímenes con la ropa de invierno más característica de los canadienses, y desde entonces los he reconocido muchas veces en Nueva Inglaterra, vestidos con ese paño sencillo, burdo y gris y el pintoresco fajín rojo, y su gorro bien forrado de piel, hecho para proteger sus orejas del severo clima.

Llovizó durante todo el día, por lo que los caminos no mejoraron. Empezamos ahora a encontrarnos cruces de madera más a menudo, a un lado de la carretera, de unos tres metros y medio de altura, a veces sobre una pila de piedras, con un pequeño nicho que contenía una imagen de la Virgen con el Niño, o solo de Cristo, a veces con un cordel con cuentas, y cubierto con un trozo de cristal para protegerlo de la lluvia, con las palabras *Pour la Vierge* o INRI sobre ellos. A menudo, sobre el brazo horizontal había un montón de baratijas simbólicas, que parecían un retablo italiano; la representación en madera de una mano, un martillo, espigas, tenazas, una botella de vinagre, una escalera, etcétera, todo ello a lo mejor coronado por una veleta en forma de gallo; pero yo no podía mirar a una de estas veletas en forma de gallo durante aquel camino sin desconfiar de que no hubiese en ella una referencia velada a san Pedro. De vez en cuando pasábamos por un edificio que parecía ser una capilla de un piso, con una torre terminada en un tejado de cinc, lo que quizá podría llamarse un santuario en el camino, con una puerta enrejada, a través de la que podíamos ver un altar e imágenes sobre las paredes; por lo tanto, se encontraban abiertas hiciese sol o lloviese, aunque no había manera de entrar en ellas. En esos lugares, los habitantes se

arrodillaban y tal vez susurraban una breve oración. Vimos una escuela en nuestro camino, y escuchamos los sonidos que salían de ella; pero parecía ser un lugar donde se llevaba a cabo un proceso no de ilustración sino de ofuscación de la mente, y los estudiantes recibían solo la luz que podía traspasar la sombra de la iglesia católica. Las iglesias eran muy pintorescas, y su interior era mucho más ostentoso de lo que los hogares prometían. Eran de piedra, porque en 1699 se había ordenado que se construyesen de este material. Tenían agujas de cinc y adornos curiosos. La de Ange Gardien tenía un reloj, con números romanos medievales, y algunas imágenes en nichos en el exterior. Probablemente su homóloga llevase existiendo mil años en Normandía. En la iglesia de Chateu Richer, que es la parroquia más próxima a Ange Gardien, leímos, mirando por encima del muro, las inscripciones del cementerio adyacente a la iglesia, que comenzaban por «*Ici git*» o «*Repose*», y una sobre un chico contenía «*Priez pour lui*». Todo tal y como en el Père La Chaise. Llamamos a la puerta de la casa del *curé* de allí y apareció un personaje pulcro con pinta de monje, con su hábito sacerdotal. A nuestro «*Parlez-vous Anglais?*» incluso él contestó, «*Non, Monsieur*», pero al final le hicimos comprender lo que queríamos, que era encontrar las ruinas del viejo castillo. «*Ah! Oui! Oui!*», exclamó y poniéndose su abrigo, se apresuró hacia delante y nos dirigió a un pequeño montón de escombros que él ya había examinado. Dijo que quince años antes era *plus considérable*. Viendo en ese momento tres pajaritos rojos salir volando de una grieta en las ruinas hacia una tuja que crecía entre ellas, pregunté por sus nombres en el mejor francés que pude articular, pero ni me entendía a mí, ni la ornitología; solo nos preguntó dónde habíamos *appris à parler Français*; le dijimos «*Dans les États-Unis*», y, haciéndole una reverencia, dejamos que volviese a entrar en su casa. Me sorprendió encontrar a un hombre que vestía el hábito y que aparentemente no tenía trabajo alguno que atender, incluso en esa parte del mundo.

El saludo general de los habitantes que nos encontramos era «*bon jour*», llevándose al mismo tiempo la mano al sombrero; con *bon jour* y tocarte el sombrero podías cruzar tranquilamente todo Canadá este. Un niño que se encontró con nosotros comentó: «*Bon jour, Monsieur; le chemin est*

mauvais» («Buenos días, señor; el camino es malo»). Sir Francis Head dice que el emigrante es rápido «en apreciar la felicidad de vivir en una tierra en la que la costumbre servil del Viejo Mundo de tocarse el sombrero no existe», pero él estaba pensando en Canadá oeste, claro. Sería, sin duda, una aburrida pesadez tener que tocarse el sombrero varias veces al día. Un yanqui no tiene suficiente tiempo libre para eso.

Vimos guisantes e incluso habas recogidos en montones en los campos. Los primeros son una cosecha importante, y supongo que no están tan infestados por el gorgojo como los nuestros. Había muchas manzanas, con muy buen aspecto, junto a la carretera, pero eran tan pequeñas que casi sugerían un parentesco con las que crecen en los manzanos silvestres. También había una fruta roja pequeña que llamaban *snells*, y otra también roja y muy ácida, cuyo nombre escribié para mí un niño, «*pinbéna*». Es probablemente la misma fruta, o una muy similar, a la *pembina* de los viajeros, una clase de *viburnum*, que, según Richardson, ha dado nombre a muchos de los ríos de la Tierra de Rupert^[36]. Los árboles del bosque eran falsos abetos, tujas, abetos, abedules, hayas, dos o tres tipos de arce, tilo americano, cerezo silvestre, álamos, etcétera, pero ningún pino de tea (*Pinus rigida*). Vi muy pocos árboles, si es que vi alguno, que estuviesen dispuestos para dar sombra o como adorno. El agua normalmente corría en riachuelos o fuentes junto a la carretera, y era excelente. Las parroquias estaban generalmente separadas por un arroyo, y en muchas ocasiones ocurría lo mismo con las granjas. Me di cuenta de que los campos estaban arados o divididos en surcos de dos metros o dos metros y medio de anchura para secar la tierra.

En la Rivière du Sault à la Puce, que supongo que significa «el Río de la cascada de la Pulga», se anunciaban en inglés, ya que los deportistas son ingleses, «los mejores terrenos para cazar gallinagos» sobre la puerta de una pequeña fonda. Que esas palabras estuviesen en inglés me afectó como si llevase diez años ausente de mi país, y durante todo ese tiempo no hubiese escuchado el sonido de mi lengua nativa, y cada una de ellas resultaba tan interesante como si yo hubiese sido un cazador de gallinagos y las palabras

mismas fuesen estas aves. La consuela menor, que aquí crecía mezclada con el césped, era para mí una vieja conocida. A menudo veíamos a los habitantes lavándose, o cocinando para sus cerdos, y en una ocasión, rastrillando el lino junto a la carretera. Era agradable ver cómo llevaban a cabo todas estas operaciones al aire libre, incluso en un país tan frío.

Al ponerse el sol, llegamos a un puente sobre un riachuelo, frontera entre Château Richer y Santa Ana, *le premier pont de Ste. Anne*, y ya por la noche, a la iglesia de La Bonne Ste. Anne. Antes, cuando los navíos franceses alcanzaban a ver esta iglesia, realizaban una «descarga general de su artillería» como señal de su regocijo por haber escapado a todos los peligros del río. Durante todo el viaje disfrutamos de magníficas vistas del territorio que nos rodeaba río arriba y río abajo, y por lo general, cuando nos dábamos la vuelta, de Quebec en el horizonte a nuestra espalda, y ni una vez lo miramos sin sorpresa y admiración. Pero a lo largo de nuestro camino, el Gran Río de Canadá a nuestra derecha era el rasgo más distintivo del paisaje, y se expande tan rápido una vez pasada la isla de Orleans y crea un horizonte liso tan extenso sobre sus aguas en esa dirección que, mirando río abajo a medida que alcanzábamos el extremo de esa isla, el San Lorenzo parecía abrirse al océano, aunque aún estábamos a unos quinientos veinticinco kilómetros de lo que podría llamarse su desembocadura^[37].

Cuando preguntamos aquí por una *maison publique*, nos mandaron por lo que parece a aquella casa privada en la que era más probable que encontrásemos cierta distracción. No había ningún letrero indicativo por donde caminábamos, porque no había más que una carretera; no había tiendas ni señales, porque no había artesanos que pudiesen anunciarse, y la gente cultivaba sus propias provisiones; y no había tabernas porque no había viajeros. Tenían, como venía siendo normal, una enorme y anticuada estufa de dos pisos en mitad de la habitación, de la que, a su debido tiempo, seguramente saldría un almuerzo, un desayuno o una cena. La mitad inferior albergaba las brasas, la mitad superior el aire caliente, y, como era una fría noche canadiense, fue una visión reconfortante para nosotros. Con un metro o metro y medio de altura, te calentaba de la cabeza a los pies cuando te acercabas. La estufa era a todas luces un artículo importante del mobiliario en

Canadá, y no prescindían de ella durante el verano. Su tamaño y el respeto con el que la trataban decía mucho de los duros inviernos que había vivido y sobre los que había triunfado. El dueño de la casa, con su gorro puntiagudo de lana roja, tenía una fisionomía completamente arcaica, al estilo de los antiguos normandos. Podría haber llegado aquí junto a Jacques Cartier. Su francés fue el más difícil de entender de cuanto habíamos oído hasta ese momento; había mucha diferencia de un hablante a otro, y este hombre, además, hablaba con una pipa en la boca, un tipo de francés con acento «atabacado». Le pregunté cómo se llamaba su perro. Gritó «¡*Braque!*» (el nombre de la raza). Nos hizo gracia escuchar que llamaba al gato *mine: mine!, mine!, mine!*^[38] Pregunté si podríamos cruzar el río por aquí hasta la isla de Orleans, pensando en tomar ese camino cuando hubiésemos visto las cascadas. Respondió: «*S'il ne fait pas un trop grand vent*», «Si no hay demasiado viento». Usaban pequeñas barcas o piraguas, y las olas eran a menudo demasiado altas para ellos. Calzaba, como era costumbre, algo entre un mocasín y una bota, que llamaba *bottes indiennes*, botas indias, que había hecho él mismo. La parte de arriba era de piel de becerro o de oveja, y las suelas, de cuero de vaca, vueltas hacia arriba como en un mocasín. Eran amarillas o rojizas, y el cuero nunca había sido teñido ni curtido. Las mujeres llevaban lo mismo. Nos dijo que había viajado diez leguas al norte adentrándose en las zonas silvestres. Había estado en las cascadas de Santa Ana, y dijo que eran más hermosas pero no más grandes que las de Montmorenci, *plus beau mais non plus grand que Montmorenci*. En cuanto nos retiramos, la familia comenzó con sus oraciones. Oficiaba un muchacho, y durante un buen rato, lo oímos murmurar una y otra vez sus plegarias.

Por la mañana, tras un desayuno que consistió en té, azúcar de arce, pan y mantequilla, y lo que supongo que se llama *potage* (patatas y carne hervidas con harina), el plato universal por esas tierras, por lo que pudimos ver, quizá incluso el plato nacional, corrí hasta la iglesia de La Bonne Ste. Anne, cuya campana matinal había escuchado, ya que era domingo por la mañana. Habíamos leído en nuestra guía que esta iglesia era «desde hacía mucho tiempo objeto de interés, debido a las curas milagrosas que se habían producido entre los visitantes a su santuario». Había una enorme profusión de

adornos, y conté más de veinticinco muletas colgadas en las paredes, algunas para adultos, otras para niños, de lo que debía inferirse que ese número de enfermos habían podido prescindir de ellas; pero parecía como si se las hubiesen mandado hacer al carpintero que había construido la iglesia. Solo uno o dos vecinos del pueblo estaban allí tan temprano para rezar, y no levantaron la vista, pero cuando ya llevaban un largo rato sentados con su pequeño libro frente a la imagen de un santo, se levantaron y fueron donde otro. Todo nuestro caminar había transcurrido por un país profundamente católico, y no había rastro de ninguna otra religión. Dudo que haya católicos más sencillos y menos sofisticados en ningún sitio. Émery de Caen, contemporáneo de Champlain, dijo a los marineros hugonotes que «Monseñor, el Duque de Ventadour (Viceroy) no deseaba que cantasen sus salmos en el Gran Río».

De camino a las cascadas, nos cruzamos con los habitantes del pueblo dirigiéndose a la iglesia de La Bonne Ste. Anne, familias enteras a pie o en carretas. Comenté que eran todos bastante bajitos. El hombre encargado de cobrar el portazgo en el puente sobre el St. Anne fue el primero que tuvimos ocasión de conocer desde que dejamos Quebec que sabía hablar un poco de inglés. No tengo los conocimientos suficientes de francés como para poder decir qué tal era el que hablaban los habitantes de esta parte de Canadá; solo sé que no se había contaminado al mezclarse con el inglés. No sé por qué no iba a ser tan bueno como el que se habla en Normandía. Charlevoix^[39], quien estuvo aquí hace cien años, afirma que «el francés no se habla con igual pureza en ningún sitio, no puede percibirse ningún acento»; y Potherie dijo que «no tenían ningún dialecto, lo que, sin duda, es algo que se pierde en una colonia».

Las cascadas, que son lo que andábamos buscando, están a unos cinco kilómetros río arriba por el St. Anne. Seguimos un caminito que subía por la orilla este del río durante un breve tramo, a través de arboledas de arces azucareros y tujas. Cuando perdimos el camino, que llevaba a una casa donde tenían que darnos más indicaciones, nos apresuramos a meternos en los bosques, guiándonos por instinto y con la brújula, cruzando directamente entre la foresta una empinada colina, o una montaña que tendría entre ciento

cincuenta y ciento ochenta metros de altura y que resultó ser solo una de las riberas del San Lorenzo. Más allá dimos por suerte con otro camino, y siguiéndolo, o al menos siguiendo una de sus desviaciones según nos pareció conveniente, a través de un bosque compuesto por enormes pinos blancos, «los primeros que veíamos en nuestro camino», al fin escuchamos el rugido del agua al caer, y salimos al nacimiento de las cascadas del St. Anne. Habíamos llegado hasta un barranco, una quebrada en la montaña cuyas paredes se alzaban todavía a unos treinta metros más sobre nosotros, aunque estábamos casi en la cima, y ahora nos encontrábamos en una orilla muy rocosa, por donde, no hacía mucho, el agua había tenido unos tres o cuatro metros más de altura, a juzgar por las piedras y los restos de madera, y por los grandes abedules, hechos astillas y retorcidos igual que un granjero retuerce el mimbre. Aquí, el río, de entre treinta y sesenta metros de anchura, fluía rápidamente sobre un lecho rocoso, proveniente de ese interesante terreno salvaje que se extiende hasta la bahía del Hudson y el estrecho de Davis. La bahía Ha-ha, en el Saguenay, se encontraba a unos ciento sesenta kilómetros de nuestra posición. Mirando el mapa, encontré que el primer país al norte que tiene nombre es esa parte de la Tierra de Rupert llamada East Main. Este río, llamado así por santa Ana, y proveniente de esa dirección, caía aquí por un precipicio, en este momento por tres canales, ignoro hasta qué profundidad, pero lo bastante lejos para lo que nos concierne, y a una distancia que bien podría haber sido del doble. No importa si eran treinta, sesenta o noventa metros; en cualquier caso, era privilegio acuático suficiente para nosotros. Crucé el canal principal directamente sobre el borde de la cascada, donde su caudal se contraía hasta unos cuatro metros y medio, sirviéndome de un árbol muerto que habían colocado cruzándolo y que estaba sujeto en una grieta en la roca de enfrente, y uno más pequeño un par de metros más arriba, que servía de pasamanos. Este puente estaba podrido y desprovisto de corteza, además de ser pequeño y resbaladizo, y me vi obligado para pasar, a aprovechar un momento en que las olas que producía el agua de la cascada no lo cubrían, y a medio camino, aunque lo pagué mojándome los pies, eché una mirada hacia abajo, probablemente a más de treinta metros, hacia la niebla y la espuma que se veía. Esto me permitió alcanzar la libertad de una isla de roca escarpada, de la que descendí a pasos

agigantados. La roca estaba compuesta por trozos cúbicos, revestidos por el apretado abrazo de líquenes delicados de varios colores, que se mantenían frescos y brillantes por la humedad. Hasta que al fin vi la primera cascada desde el frente, y miré aún más abajo hasta donde el segundo y el tercer canal caían en un estanque circular tremendamente grande horadado en la piedra. El agua que caía parecía sacudir hasta la roca, y el ruido, aumentar incesantemente. La vista siguiendo el río se atisbaba a través de una grieta en la montaña, todo espuma blanca, pero un ángulo repentino en esa garganta me impedía alcanzar a ver el fondo de la cascada. Al volver a la orilla, descendí siguiendo el arroyo a través del bosque para ver hasta dónde se extendía la cascada, y cómo salía el río de semejante aventura. Prácticamente tuve que trepar por el costado de una escarpada montaña de musgosas piedras sueltas, cubierta por una vegetación húmeda y primitiva, que terminaba al fondo en un abrupto precipicio sobre el arroyo. Me encontraba en el lado este de la cascada. Al fin, después de casi medio kilómetro, llegué a aguas tranquilas, y al mirar hacia arriba al sinuoso desfiladero, alcancé a ver el pie de la cascada que había examinado antes; mientras que al lado opuesto del arroyo, su tamaño aquí muy reducido, se alzaba una pared perpendicular, no me atrevo a aventurar de cuántos metros de altura, sino que solo diré que es la pared perpendicular de roca desnuda más alta que haya visto jamás. Un pequeño afluente caía frente a mí desde la cumbre del acantilado, creando una preciosa cascada, que era una catarata notable ya de por sí; había además una grieta en este precipicio, de metro o metro y medio de grosor, tan perfectamente recta hacia arriba y hacia abajo que desde su oscuridad y sus profundidades cavernosas parecía solamente una veta negra. Este precipicio no era empinado, ni el material pizarra blanda y frágil como en el Montmorenci, pero se alzaba perfectamente perpendicular, como el lateral de una fortaleza de montaña, y se rompía en vastos trozos cúbicos de roca gris y negra que brillaban con la humedad, como si fueran las ruinas de un antiguo muro construido por los Titanes^[40]. Abedules, falsos abetos, serbales con sus brillantes bayas rojas, tujas, pinos blancos, alisos, etcétera sobresalían por encima de este abismo en el mismo borde del acantilado y en las grietas, y aquí y allá había contrafuertes de roca sujetando los árboles para que se mantuviesen a cierta altura, como para realzar y no dañar el efecto de la roca

desnuda. En conjunto, era un abismo de lo más salvaje, escarpado y espléndido, muy profundo y estrecho allí donde el río se había labrado un paso a través de una montaña de roca, y por todas partes lo rodeaba el terreno silvestre relativamente inexplorado.

Hasta ahí llegamos en nuestro paseo San Lorenzo abajo. A la tarde, temprano, comenzamos a regresar sobre nuestros pasos, incapaces de cruzar el canal norte y volver por la isla de Orleans, debido al *trop grand vent*, o el viento demasiado fuerte. Aunque es cierto que las olas eran bastante altas, resultaba evidente que los habitantes del condado de Montmorenci no eran marinos y que hacían poco uso del río. Cuando alcanzamos el puente entre Santa Ana y Château Richer, volví corriendo un trecho para preguntarle a un hombre que estaba en los campos el nombre del río que estábamos cruzando, pero durante mucho rato no pude comprender lo que decía, ya que era uno de los más ininteligibles hombres de los que mencionaba Jacques Cartier. Al fin, vi la luz y entendí que era La Rivière au Chien, o el río Perro, lo que mis ojos contemplaban, y eso me trajo a la mente la vida de los *voyageurs* y *coureurs de bois* canadienses, una Arcadia más occidental y salvaje, creo, de lo que el mundo ha contemplado jamás, ya que los griegos, con todos sus dioses del río y del bosque, no estaban tan bien cualificados para bautizar los accidentes naturales de un país como los ancestros de esos francocanadienses; y si alguien tiene derecho a sustituir los nombres indios por los suyos propios, esos eran ellos. Han precedido a los pioneros en nuestras propias fronteras y han dado nombre a la pradera por nosotros. La Rivière au Chien no puede ser traducido, ni siquiera mediante licencia literaria alguna, como el río Perro, porque eso no implica cederlo de la misma manera a los perros y reconocer su lugar en la creación, del mismo modo en que lo hace el francés. Uno de los afluentes del St. Anne se llama La Rivière de la Rose; y más al este están La Rivière de la Blondelle y La Rivière de la Friponne. Hasta su *rivière* serpentea más que nuestro río^[41].

Pero la impresión que este país me causó fue por lo general diferente a esta. Para un viajero del Viejo Mundo, Canadá este puede parecer un país nuevo y sus habitantes, colonos, pero para mí, proveniente de Nueva Inglaterra, y siendo, con todo, un viajero bastante novato «a pesar de lo que

he dicho sobre la bahía del Hudson» resultaba tan antiguo como la propia Normandía, y hacía realidad mucho de lo que yo había leído sobre Europa y la Edad Media. Incluso los nombres de humildes pueblos canadienses me impresionaban como si hubiesen sido los de famosas ciudades de la Antigüedad. ¡Que un habitante me dijese, cuando preguntaba por el nombre de uno de los pueblos que se veían, que era St. Feréol, o Santa Ana, Ángel Guardián o San José, o de una montaña, que se trataba de Baelangae o San Jacinto! En cuanto uno deja los Estados Unidos comienzan esos nombres santos. St. John es la primera ciudad en la que uno para (afortunadamente, no la vimos) y de ahí en adelante, los nombres de las montañas y los arroyos y pueblos van dando tumbos, si se me permite hablar así, borrachos de poesía; Chambly, Longueil, Pointe aux Trembles, Bartholomy, etcétera, etcétera; como si solo hiciese falta un poco de acento extranjero y unas vocales y consonantes líquidas más en el lenguaje para hacernos encontrar nuestros ideales de una vez. Comencé a soñar con la Provenza y los trovadores, y con lugares y cosas que no existen sobre la faz de la Tierra. Lograron superponerse a los indios y al bosque primitivo, y los bosques que iban hacia la bahía del Hudson eran solo similares a los bosques de Francia y Alemania. No logré llegar a creer que los habitantes que pronunciaban a diario aquellos hermosos, y para mí, significativos nombres, llevasen vidas tan prosaicas como las nuestras en Nueva Inglaterra. En breve, el Canadá que vi no era meramente un lugar para que terminase el trayecto de los ferrocarriles y adonde los criminales podían huir.

Cuando le pregunté al hombre que he mencionado si había alguna catarata en la Rivière au Chien, porque vi que este río pasaba por el mismo montículo alto que el Montmorenci y el St. Anne, respondió que las había. «¿A qué distancia?», quise saber. «*Trois quartres lieue*». «¿De qué altura?». «*Je pense, quatre-vingt-dix pieds*», es decir, de unos treinta metros. Nos volvimos para contemplar las cascadas de la Rivière du Sault à la Puce, a unos ochocientos metros de la carretera, que antes habíamos pasado por alto entre nuestras prisas y nuestra ignorancia, y las declaramos tan hermosas como las demás que habíamos visto; aunque parecían no darles mayor importancia allí, y cuando preguntamos por el camino a las cataratas la

primera vez, nos indicaron cómo llegar a las de Montmorenci, a unos once kilómetros de distancia. Resultaba evidente que este era el país de las cascadas; que todo arroyo que termina en el San Lorenzo, y que discurre durante varios cientos de kilómetros tiene que tener alguna gran catarata o cascada, y en su paso por las montañas, había, durante un breve tramo, un pequeño Saguenay, con sus empinados muros. De esta cascada de La Puce, la menos notable de las cuatro que habíamos visitado en esta zona, nunca habíamos oído hablar hasta que llegamos a Canadá, aunque hasta donde yo sé, no hay nada en Nueva Inglaterra que pueda comparársele. La mayoría de los que viajaban a Canadá no oían hablar de ella aunque llegaran lo bastante lejos como para escucharla. Desde mi vuelta he descubierto que en la descripción topográfica del país se hace mención a «dos o tres románticas cascadas» en este arroyo, aunque ni vimos ni escuchamos nada sobre ninguna otra. Pregunta a los habitantes respecto a algún arroyo, sobre si tiene alguna cascada, y quizá te mencionen algo tan interesante como Bash Bish o los Castkills, algo que ningún turista ha visto antes, o si no lo han encontrado, es posible que puedas seguir el arroyo y descubrirlo por ti mismo. Las cascadas allí son una droga; y nos abandonamos a ellas. Bebimos demasiado de ellas. Además de las que he mencionado, hay otras mil cataratas en el San Lorenzo y sus afluentes que no he visto y de las que no he oído hablar; y sobre todo, hay una de la que sí he oído hablar, llamada Niágara, así que creo que este río debe ser más notable por sus cascadas que ningún otro en el mundo.

En una casa cerca del límite occidental de Château Richer, de cuyo dueño se decía que hablaba un poquito de inglés, ya que había vivido hasta hacía poco en Quebec, conseguimos alojamiento para la noche. Como venía siendo habitual, tuvimos que descender por un sendero para alcanzar la parte sur de la casa, donde estaba la puerta, lejos de la carretera. Porque esas casas canadienses no tienen puerta delantera, propiamente hablando. Cada parte es para el uso del ocupante exclusivamente, y ninguna sección hace referencia al viajero o al viaje. Todas las casas de Nueva Inglaterra, por el contrario, tienen una puerta principal en el frente que se abre al gran mundo, aunque sea en el lado frío, ya que queda en plena carretera principal de las naciones, y el camino que pasa por allí viene del Viejo Mundo y va hacia el Lejano Oeste; pero las puertas canadienses dan a su patio trasero y a su granja solamente, y

la carretera que pasa por detrás lleva solo a la iglesia de uno u otro santo. Nos encontramos con una familia numerosa, empleados, mujer e hijos cenando. Después, también nos prepararon algo de cenar. Los empleados eran un grupo alegre de tipos bajitos de ojos negros, y la esposa, una mujer francocanadiense de rasgos afilados y rostro delgado. El inglés de nuestro anfitrión nos asombró más que cualquier tipo de francés que hubiésemos escuchado hasta el momento; sin duda, descubrimos que incluso nosotros hablábamos mejor el francés de lo que él hablaba nuestro idioma, y decidimos que sería un crimen menor a la larga si hablábamos en francés con él, y en ningún sentido alentamos o respaldamos sus intentos por hablar inglés. Tuvimos una larga y animada charla con la familia esa tarde de domingo en su espaciosa cocina. Mientras mi compañero fumaba en pipa y *parlez-vouseaba* con un grupo, yo parlamentaba y gesticulaba con otro. Toda la familia estaba así ocupada, y puse a una niña a escribir lo que de otro modo resultaba imposible de entender. Cuando la geografía fue tornándose oscura, pedimos tiza, y una vez se limpió el grasiento mantel «porque no hizo falta el francés, sino únicamente una frase del lenguaje internacional de las miradas por mi parte para indicar que este lo necesitaba», dibujamos el San Lorenzo con sus parroquias, y después continuamos espléndidamente, manejando la tiza por turnos y transcribiendo en el mantel lo que de otro modo habría quedado en el limbo de lo ininteligible. Esto sirvió magníficamente de entretenimiento a ambas partes. Me divertía escuchar cuánto usaban la palabra *oui* cuando conversaban entre ellos. Después de repetidas inserciones de esa palabra, uno echó de pronto la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que hacía lo propio con la silla, y exclamó rápidamente «*Oui! Oui! Oui! Oui!*», como un yanqui que pastorease cerdos. Nuestro anfitrión nos dijo que por lo general las granjas de alrededor tenían unos dos acres, o trescientos sesenta pies franceses de ancho, por una legua y media (?), o algo más de siete de nuestros kilómetros. Este uso de la palabra «acre» como medida de longitud deriva del hecho de que un acre o un *arpent* francés, el *arpent* de París, forma un cuadrado de diez *perches* de dieciocho pies cada una por lado, siendo el pie parisino equivalente a 1,06575 pies ingleses, o lo que es lo mismo, a 0,325 metros. Dijo que la madera se cortaba a aproximadamente a un kilómetro y medio del río. El resto eran «arbustos», y, más allá, era todo

«Queen's bush»^[42]. Por antiguo que el país sea, la tierra de todo terrateniente linda con el bosque primitivo, y el combustible no cuesta dinero. Como se me había olvidado el término francés para hoz, salieron en plena noche al granero y cogieron una, y así lograron sostener en sus manos la certeza de nuestro mutuo entendimiento. Entonces, queriendo saber si utilizaban la guadaña con peine, y al no conocer ninguna palabra francesa para este instrumento, coloqué los tenedores y cuchillos en la hoja de la hoz para representar una; a lo que ellos exclamaron que lo conocían y lo habían usado. Cuando se mencionaron los *snells*, salieron a la oscuridad y arrancaron unos cuantos. Estaban muy buenos. Dijeron que tenían tres tipos de ciruelas silvestres, azules, blancas y rojas, las dos primeras muy similares y sin duda las mejores. También me preguntaron si quería tomar *des pommes*, unas manzanas, y me trajeron algunas. Tenían un aspecto estupendo y lustroso, y era evidente que no tenían gusanos, pero estaban tan duras como una piedra, como si la estación hubiese sido demasiado corta para madurarlas. No habíamos visto ninguna manzana blanda y amarilla junto a la carretera. Decliné comer una, a pesar de la admiración que mostré, comentando que estaría buena *dans le printemps*, en primavera. Por la mañana, cuando la señora de la casa hubo puesto los huevos a freír, le hizo un gesto con la cabeza a un tipo robusto y de apariencia jovial que se subió las mangas de la camisa, asió la sartén de mango largo y comenzó una serie de vueltas y revueltas con ella, lanzando de vez en cuando sus contenidos al aire, donde hacían un giro completo para caer del otro lado; repitió esto hasta que estuvieron hechos. Esta parecía ser su tarea en lo relativo a los huevos. No me arriesgué a contemplar su actuación, pero mi acompañante lo hizo y declaró que había sido una obra maestra a su manera. La granja de este hombre, con los edificios, costaba setecientas libras; otras más pequeñas, doscientas.

En 1827, el condado de Montmorenci, al que desde entonces se ha añadido la isla de Orleans, era casi tan grande como Massachusetts, siendo el octavo país de cuarenta (en la Baja Canadá) en extensión; pero la mayor parte, con diferencia, aún se ve abocada a seguir siendo una tierra baldía, estando, por así decirlo, bajo las murallas de Quebec.

Cito todas estas viejas estadísticas no simplemente por la dificultad de obtener nuevas, sino también porque vi poca evidencia de un crecimiento reciente. Había en este condado, en la misma fecha, cinco iglesias católicas romanas, y ninguna de otro credo, cinco curas y cinco presbíteros, dos escuelas, dos molinos de maíz, cuatro aserraderos, una planta de cardado, (ni un solo médico, notario o abogado), cinco tenderos, cuatro tabernas (no vimos rastro de ninguna, aunque, tras una cierta vacilación, a veces nos mandaban a alguna cabaña corriente a tal efecto), treinta artesanos y ¡cinco balsas de río, cuyo peso era de sesenta y nueve toneladas! Esto a pesar de lindar con el río a lo largo de más de cincuenta kilómetros y de que la población está casi totalmente confinada a sus riberas. Esto describe prácticamente todo lo que vimos. Pero dobla algunas de esas figuras, algo que no necesariamente asegura su crecimiento, y habrás descrito una pobreza que ni siquiera su duro clima o lo escabroso del terreno bastarán para explicar. Los productos principales eran trigo, patatas, avena, heno, guisantes, lino, azúcar de arce, etcétera, etcétera; lino, paño fino, o *étouffe du pays*, franela y paño casero, o *petite étouffe*.

En la baja Canadá, según Bouchette, hay dos tipos de posesión: la feudal y la corvea. *Tenanciers, censitaires* o individuos que tienen la tierra *en roture* pagan una pequeña renta anual a los señores, a lo que «se añade algún artículo o provisión, como un par de aves de corral, o un ganso, o un celemín de trigo». «También debían moler su maíz en el *moulin banal*, o el molino del señor, donde una catorceava parte era reservada para el uso de este» como arancel. Dice que el arancel es de un doceavo en los Estados Unidos, donde existe la competencia. No está permitido sobrepasar un dieciseisavo en Massachusetts. Pero peor que este monopolio de las rentas de los molinos es lo que se llama *lods et ventes*, o impuesto de cambio. Según este, el señor tiene «derecho a un doceavo del dinero de compra de toda finca en su señorío que cambie de dueño por venta». Esto excede la suma pagada al vendedor. En estos casos, además, «el señor posee el *droit de retrait*, que es el derecho prioritario de compra al precio más alto ofertado en los cuarenta días siguientes a que la venta haya tenido lugar», un derecho del que se dice, sin embargo, que rara vez se ejerce. «Las tierras propiedad de los católicos

romanos, además, están sujetas también al pago a sus curas de una veintiseisava parte de todo el grano producido en ellas y de imposiciones ocasionales para construir y reparar iglesias», etcétera, un impuesto al que no están sujetos si cambian de fe, pero no por eso están menos unidos a su iglesia. Hay, sin embargo, varias modificaciones respecto a la posesión feudal. En la corvea, que es el régimen que hay en los municipios o asentamientos más recientes, ingleses, irlandeses, escoceses y otros, y generalmente en Canadá oeste, el terrateniente está totalmente libre de esas condiciones que acabo de citar y «no está atado a más obligaciones que a la lealtad al rey y obediencia a la ley». Por todo Canadá, «una propiedad vitalicia con el valor de cuarenta chelines al año, o el pago de diez libras de renta anual, es la cualificación necesaria para ser votante». En 1846 más de un sexto de la población total de Canadá este, estaba cualificada para votar a los miembros del Parlamento, una proporción mayor a la de aquellos que disfrutaban de un privilegio similar en los Estados Unidos.

La población que habíamos visto en los dos últimos días —me refiero a los habitantes del condado de Montmorenci— parecía muy inferior, intelectualmente, e incluso físicamente, a la de Nueva Inglaterra. En algunos aspectos estaban increíblemente mugrientos. Resultaba evidente que no habían avanzado desde su asentamiento en el país, y estaban muy atrasados para la época, siendo una representación bastante buena de sus ancestros en Normandía hacía mil años. Incluso respecto a las destrezas cotidianas de la vida, no están tan avanzados como una ciudad fronteriza del Oeste que tuviese tan solo tres años de edad. No tienen dinero invertido en acciones ferroviarias, y probablemente nunca lo tendrán. Si acaso, lo más que podría esperarse es que tuvieran una expresión en francés para «ferrocarril». Están muy lejos de una revolución; no tienen ningún altercado con la iglesia o el Estado, pero su vicio y su virtud están satisfechos. Respecto a la anexión, ni siquiera sueñan con ella; sin duda, no tienen una idea muy clara de qué son o dónde están los Estados Unidos. El gobierno inglés ha sido notablemente liberal con sus súbditos católicos en Canadá, permitiéndoles llevar sus propios grilletes, bien políticos o religiosos, en la medida en que eso es posible para unos súbditos. Su gobierno es hasta demasiado bueno para ellos.

El Parlamento aprobó «una sentencia [en 1825] para asegurar la abolición de los derechos feudales y señoriales y las gravas en las tierras de la baja Canadá, y para la conversión gradual de esa tenencia en una corvea libre corriente», etcétera. Pero hasta 1831 por lo menos, el proyecto de este acta parecía no estar destinado a prosperar debido al rechazo de los señores y los campesinos. Otros han comentado que los francocanadienses no extienden ni perpetúan su influencia. Se ha concluido que los británicos, irlandeses y otros inmigrantes, que han fundado las ciudades, lo han hecho imitando a los colonos americanos, y no a los franceses. Me recordaba a los indios, a los que tardaron en desplazar y a cuyos hábitos de vida se adaptaron con más presteza que los indios a los suyos. El gobernador general Denonville^[43] comentó, en 1685, que algunos hacía tiempo que consideraban preciso lograr que los indios se acercasen para «*francificarlos*», pero que había buenas razones para pensar que se equivocaban, ya que los que se habían aproximado a ellos e incluso se habían establecido en ciudades en medio de la colonia no se habían vuelto franceses, pero los franceses que los habían frecuentado sí se habían vuelto salvajes. Kalm^[44] dijo: «Aunque muchas naciones imitan las costumbres francesas, he observado, sin embargo, que los franceses en Canadá, en ciertos aspectos, siguen las costumbres de los indios, con quienes conversan cada día. Hacen uso de las pipas de tabaco, los zapatos, las túnicas y los cintos indios. Siguen la costumbre india de hacer la guerra con meticulosidad; mezclan las mismas cosas con el tabaco (podría haber dicho que tanto los franceses como los ingleses aprendieron el uso de esta hierba de los indios); emplean las barcas hechas con corteza de los indios y reman en ellas al modo indio; se enrollan trozos cuadrados de tela en los pies en lugar de usar medias, y han adoptado muchos otros hábitos indios». Así, mientras los descendientes de los peregrinos están enseñando a los ingleses a hacer botas con suelas clavadas, los descendientes de los franceses en Canadá aún llevan los mocasines indios. Los franceses, hay que atribuirles ese mérito, respetaban a los indios como un pueblo distinto e independiente hasta un cierto punto, y hablaban de ellos y se comparaban con ellos de un modo en que los ingleses nunca lo han hecho. No solo fueron a la guerra con ellos como aliados, sino que vivían con ellos como vecinos. En 1627, el rey francés declaró que «los descendientes de los franceses asentados en» Nueva

Francia «y los salvajes a quienes se debería dar a conocer la fe y profesarla, deberían ser contados y considerados como franceses de nacimiento (*Naturels François*); y como tales, podían emigrar a Francia cuando les pareciese bien, y allí adquirir, testar y heredar, etcétera, etcétera, sin tener que conseguir cartas de nacionalización». Cuando los ingleses tomaron posesión de Quebec, en 1630, los indios, tratando de ejercitar con ellos la misma familiaridad que tenían con los franceses, fueron sacados de sus casas con disparos; ese incidente les enseñó la diferencia entre las dos razas, y les unió aún más a los franceses. Me dio la impresión de que los francocanadienses estaban compartiendo el destino de los indios, o al menos gradualmente desapareciendo en lo que se llama la corriente sajona.

Los ingleses no vinieron a América por mero amor a la aventura, ni para tratar con los indios ni para convertirlos, ni para ostentar un cargo supeditado a la corona, como los franceses en gran medida hacían, sino para vivir a conciencia y con libertad. Los últimos recorrieron una gran extensión del país, vendiendo licor y recogiendo pieles, y convirtiendo a sus habitantes —o al menos bautizando a sus niños moribundos (*enfants moribonds*)—, sin mejorarlo. Primero fueron los *coureur de bois* con el *eau de vie*; les siguió, si no les precedió, el misionero heroico con el *eau d'immortalité*. Lo que buscaban era la libertad para cazar y pescar y convertir, no para trabajar. Honran dice que los *coureurs de bois* vivían como marineros en tierra. En ningún momento del siglo XVII podría afirmarse que los franceses tuviesen una posición segura en Canadá; la mantenían sujeta solamente por el pellejo de los animales que estaban exterminando. Para permitir a los pobres señores ganarse la vida, se consentía por un decreto aprobado durante el reinado de Luis XIV, en 1685, «a todos los nobles y caballeros asentados en Canadá ocuparse en el comercio, sin tener que dar cuentas de ello o que se considere que han hecho algo vilipendioso». El lector puede inferir hasta qué punto se ocupaban de la agricultura, y cómo debían de brillar sus granjas para entonces. Los jóvenes de Nueva Inglaterra, por otra parte, nunca fueron *coureurs de bois* ni *voyageurs*, sino más bien marineros y hombres de los bosques. De todas las naciones, los ingleses han sido sin lugar a dudas quienes más pintaban en esta tierra.

Sin embargo, no estoy seguro, pero siento más simpatía por ese espíritu de aventura que distinguía a los franceses y españoles de aquellos días y que los convertía de un modo particular en los exploradores del continente americano, y que tan pronto llevó a los primeros a los Grandes Lagos y al norte del Mississippi, y a los últimos al sur del mismo río. Fue mucho antes de que nuestras fronteras alcanzasen sus asentamientos en el Oeste. En lo que respecta al descubrimiento de tierras interiores, el espíritu aventurero de los ingleses era el de los marinos que atracan durante un día nada más, y su empresa, la de los mercaderes.

Aparentemente había una mayor igualdad de condiciones entre los habitantes del condado de Montmorenci de la que había en Nueva Inglaterra. La población se dedicaba casi exclusivamente a la agricultura, y era hasta ahí independiente, de modo que cada familia producía casi todo lo necesario para su propia subsistencia. Si bien puede que al canadiense le falte energía, quizá posea esas virtudes, sociales y de otro tipo, que le faltan a un yanqui, y siendo ese el caso, no puede considerársele un hombre pobre.

CAPÍTULO 4. Las murallas de Quebec

Tras pasar la noche en la granja en Château-Richer, a unos treinta y dos kilómetros al nordeste de Quebec, comenzamos nuestro regreso a la ciudad. Paramos en la siguiente casa, un pintoresco molino antiguo de piedra, sobre el Chipré —porque así sonaba su nombre—, de los que uno no encuentra en los Estados Unidos, y les preguntamos a los molineros por su antigüedad. Subieron al piso de arriba a llamar al dueño, pero el viejo avaro gruñón nos preguntó que para qué queríamos saberlo y no quería decírnoslo sin recibir a cambio una compensación. Me faltaba francés para decirle lo que opinaba al respecto. Sabía lo bastante para salir del paso, pero no para pelear, así que tuve que conformarme con plasmar en mi mirada todo lo que habría dicho. Esta fue la mayor descortesía con la que nos topamos en Canadá. En Beauport, a unos pocos kilómetros de Quebec, nos desviamos para ver una iglesia que estaban terminando de construir, un edificio de piedra muy grande y hermoso, con una rama verde sujeta a su gablete, algo que tenía algún tipo de significado para los católicos. La riqueza de esta iglesia en comparación con el resto de este país resultaba evidente, ya que aparte de ella no vimos ni una casa decente en ese pueblo. Eran todas casitas humildes; y aun así, se me antojó una construcción más imponente que ninguna iglesia en Boston. Pero no valgo para juzgar estas cosas.

Volvimos a entrar en Quebec a través de la puerta de San Juan, y en la plaza del mercado tomamos una calesa hacia las cataratas de Chaudiagere, a unos quince kilómetros al suroeste de la ciudad, por la que tuvimos que pagar

bastante, sin contar los cuarenta *sous* para los portazgos. El conductor, como venía siendo habitual, solo hablaba francés. Hay en Quebec un gran número de esos vehículos para una ciudad tan pequeña. Son como una de nuestras carrozas que hubiese perdido su capota, solo que más recias y más alargadas en la base, con un pescante para el conductor donde las nuestras tienen el salpicadero, y anchos asientos de cuero diseñados para proteger a los pasajeros de las ruedas y a los niños de caerse. Daban claramente la impresión de ser para excursionistas, y como teníamos las horas contadas, eso nos persuadió para convertirnos en pasajeros de una. Aquellos días nos las encontrábamos en todas las carreteras cercanas a Quebec, cada una con sus complementos habituales: dos extranjeros con pinta inquisitiva y un conductor canadiense, los primeros obviamente disfrutando tremendamente de su novedosa experiencia, porque normalmente es solo el idioma del caballo el que no se entiende; pero aquí aún estaban más distanciados de él debido a la intervención de un conductor igualmente ininteligible. Cruzamos el San Lorenzo hasta Point Levi en un *ferry* francocanadiense, que resultó incómodo y sucio, y lo hicimos armando mucho ruido y con mucha prisa. La corriente era fuerte y tumultuosa, y el barco se movía lo bastante para hacer que algunos vomitasen, aunque el trayecto no era de más de un kilómetro y medio; sin embargo, el viento no podía compararse al del día anterior, y vimos que los canadienses tenían una buena excusa para no llevarnos a la isla de Orleans en una piragua, por muy poco diligentes que hubiesen resultado al no proveernos con otro medio de transporte. La ruta que tomamos a las cataratas del Chaudiagere está a cinco kilómetros de su desembocadura al sur del San Lorenzo. Aunque eran las más grandes que vi en Canadá, no estaba proporcionalmente interesado en ellas, probablemente por el empacho. No observé ninguna propiedad peculiar en el nombre Chaudiagere, o «caldero». Aquí contemplé el arco iris más brillante que jamás podría haber imaginado. Estaba justo al otro lado del arroyo, bajo el precipicio, formado entre la neblina que esta tremenda cascada producía; y yo estaba de pie frente a frente con la piedra angular de su arco. No era un mero conjunto de vagos colores prismáticos, sino un semicírculo completo, de veinte o veinticinco metros de diámetro, aunque tan ancho como suele ser normal, tan intensamente brillante como para hacer que los ojos doliesen, y aparentemente tan sustancial como

un arco de piedra. Cambió de posición y de color mientras nos movíamos, y resultando aún más deslumbrante debido a que el sol brillaba claramente y la niebla era muy densa. Evidentemente, una imagen pintada sobre la neblina para que el hombre y los animales que venían a las cascadas la contemplasen; pero qué otro propósito tenía a parte de este, no lo sé. En el punto más lejano de este paseo, cuando más tierra adentro nos encontrábamos, de pronto y sin previo aviso, en un giro de la carretera, discernimos la ceñuda ciudadela de Quebec en el horizonte, como el pico de un ave de presa. Volvimos a salir a la carretera del río en la parte inferior de la orilla, que es muy alta, abrupta y rocosa. Cuando estábamos frente a Quebec, me sorprendió ver que en la parte baja de la ciudad, bajo la sombra de una roca, las lámparas estaban prendidas, y titilaban de un modo no muy diferente al de las gemas en una caverna, mientras que la ciudadela, más arriba, y nosotros también, en la orilla sur, estábamos a plena luz del día. Como era muy tarde para el *ferry* esa noche, nos hospedamos en una *maison de pension* en Point Levi. La típica estufa de dos plantas estaba aquí situada contra una abertura con forma de chimenea, y así calentaba varias habitaciones. Aquí no entendíamos muy bien el francés, pero el *potage* era igual que el que habíamos tomado antes. Había muchas habitaciones pequeñas que tenían el hueco de la entrada pero no puerta. Las paredes de la habitación, alrededor nuestro y sobre nuestras cabezas, estaban bien construidas, y las vigas recubiertas con madera sin pintar. Las almohadas eran de cuadros y con borlas, y había un típico gorro de noche puntiagudo de estambre o lana roja sobre cada una. Cogí el mío solo para ver cómo estaba hecho. Tenía la forma de un cono doble, con un pico metido dentro del otro, tal y como se lo había visto llevar a los hombres en las calles durante todo el día. Probablemente yo me lo habría puesto si el frío hubiese llegado, como algunas veces ocurre aquí, a temperaturas de treinta o cuarenta grados bajo cero.

Cuando arribamos a Quebec la mañana siguiente, había un hombre tumbado bocarriba en el puerto, aparentemente moribundo, en medio de una multitud y justo en mitad del camino de los caballos, gimiendo, «¡Oh, mi conciencia!». Pensé que pronunciaba el francés de un modo más claro de lo que había oído hasta el momento, como si el moribundo ya hubiese adquirido

los acentos de un idioma universal. Habiéndonos asegurado las únicas literas libres en el vapor *Lord Sydenham*, que dejaría Quebec antes del anochecer, y decidido, ahora que había visto algo del país, a hacerme una idea de la ciudad, procedí a caminar por la parte alta o la porción fortificada, que tiene unos cuatro kilómetros y medio de circunferencia, yo solo, acercándome todo lo que pude al acantilado y las murallas, como una rata buscando madriguera; lo rodeé por el suroeste, donde únicamente hay una calle entre el acantilado y el agua, subí por las largas escaleras de madera y crucé los suburbios hacia el norte, hasta la Leñera del Rey, que me parecía que debía de caer bastante lejos de la chimenea de este. Pasé bajo los acantilados del St. Charles, donde se vacían los desagües al pie de las murallas, y las paredes tienen aspilleras para la mosquetería; y volví por la calle Mountain y la puerta Prescott a la parte alta de la ciudad. Una vez que encontré, por un oscuro pasadizo cerca de la puerta de San Luis, el camino al glacis del norte de la ciudadela —creo que fui el único visitante de la ciudad que llegó hasta allí— disfruté de una visión casi tan buena como desde dentro de la propia ciudadela, que había explorado unos días antes. Mientras caminaba por el glacis escuché el sonido de una gaita desde la residencia de los soldados en la roca, y me afectó y apaciguó aún más la vista del gato de un soldado trepando por unos tablones con clavos hasta una aspillera, diseñada para la *mosgatería*^[45], sereno como la Sabiduría misma, y con un grácil movimiento ondulante en la cola, como si su actitud fuese la de la afabilidad, y todos sus caminos los de la paz. Escalando una valla de madera, en la que habría hecho falta tan solo una mínima fuerza para detenerme, abandoné la explanada, penetré en el jardín del Gobernador y leí la conocida inscripción en el monumento de Wolfe y Montcalm, que por decir mucho en pocas palabras, y tan a propósito, sin duda merecía el premio que recibió:

MORTEM VIRTUS COMMUNEM
FAMAM HISTORIA
MONUMENTUM POSTERITAS DEDIT

(El valor les dio una muerte, la historia, una fama, y la posteridad, un monumento).

El jardín del Gobierno tiene como adornos florales, entre las verduras, además de las flores comunes, el complemento habitual, un cañón apuntando hacia algún futuro enemigo potencial, Al volver subiendo por la calle San Luis hasta la explanada y los baluartes que allí había, y rodear una vez más la parte alta de la ciudad, pensé que estaba muy cansado; pero estaba muy cansado esta vez en el interior de la muralla; porque sabía que la muralla era la cosa más importante de Quebec y había costado mucho dinero, y por eso debía sacarle el máximo partido. De hecho, esas son las únicas murallas destacables que tenemos en Norteamérica, aunque tenemos muchas cercas de madera en zigzag. Además, solo puedo decir que cedí, de un modo u otro, al instinto de soldado y, teniendo poco tiempo que perder, pensé que era mejor examinar a fondo la muralla, para estar bien preparado por si alguna vez me llamaban de nuevo hacia esos lares al servicio de mi país. Registré todas las puertas en mi memoria en su respectivo orden, lo que no me costó tanto trabajo como si lo hubiese hecho en la Ciudad de las Cien Puertas, ya que solamente había cinco; y tampoco eran tan difíciles de recordar como las del Tebas beocio^[46]. Además, pensé que, incluso aunque siete caudillos fuesen a luchar contra esta última, uno solo bastaría contra Quebec, aunque por toda armadura y arma llevase una bolsa y un paraguas. Distinguí los conventos de monjas según pasaba, ya que había aprendido a reconocerlos por las celosías; y también contemplé los orfanatos y los monasterios, y cualquier cosa que estuviese anexada o cerca de las murallas. El resto lo ignoré, como cualquiera haría con las tripas de algún crustáceo incomible. Esas fueron mis perlas, y la muralla, la única madreperla para mí. Quebec es principalmente famoso por lo grueso de sus huesos parietales. Los términos técnicos de su conquiliología podrían asombrar a un novato un tanto al principio, como por ejemplo *banlieue*, *esplanade*, *glacis*, *ravelin*, *cavalier*, etcétera, etcétera, pero con la ayuda de un buen diccionario pronto aprendes la naturaleza del suelo que pisas. Me sorprendió la cantidad de barracones de artillería, construidos mucho tiempo atrás —*Casernes Nouvelles*, solían llamarse—, de casi ciento ochenta metros de largo por doce de ancho, donde los centinelas, como filósofos peripatéticos, estaban tan sumidos en sus pensamientos que ni me vieron cuando crucé las puertas a la entrada y a la salida. Dentro había

«pequeñas armas de todo tipo, suficientes para equipar a veinte mil hombres», dispuestas de modo que resultaban una visión sorprendente para los extranjeros. No entré, por no querer que me pusieran un ojo morado; ya que se dice que «se encuentran perfectamente reparadas y listas para su uso inmediato». Aquí, durante un momento, perdí de vista la muralla, pero volví a contemplarla de nuevo al salir de la zona de los barracones. En ese punto me encontré con un escocés al que parecía interesarle la muralla, igual que a mí; y así, nos juntamos, llevados por nuestra similitud de gustos, y tuvimos una pequeña conversación *sub moenibus*, es decir, en un ángulo de la muralla que nos protegía. Vivía a unos ochenta kilómetros al noroeste de Quebec. Llevaba veinte años en el país; decía que estaba decepcionado de no haber atracado en América: seguía aún bajo dominio británico y en un lugar donde su idioma no se hablaba; que muchos escoceses, irlandeses e ingleses estaban igualmente decepcionados y o se iban a los Estados Unidos o subían río arriba hasta Canadá oeste, más cercano a Estados Unidos y donde su lengua sí se usaba. Habló sobre visitar los Estados Unidos alguna vez; y, como parecía saber más bien poco de geografía, le avisé de que una cosa era visitar el estado de Massachusetts y otra muy distinta el de California. Dijo que hacía más frío del habitual en esa estación, y que tenía suerte de haber traído su túnica o levita; aunque iba a nevar, y entonces la temperatura sería más agradable y más cálida. Así pensamos siempre, y sin embargo, sus palabras fueron como música para mis oídos, cubierto como estaba tan solo con un sombrero y un abrigo fino.

En los muros de la zona del acantilado, cerca del antiguo edificio del Parlamento, conté hasta veinticuatro cañones del treinta y dos dispuestos en una fila, apuntando al puerto, con las balas apiladas en pirámides junto a ellos —se dice que hay en total alrededor de ciento ochenta cañones montados en Quebec—, que eran limpiados fielmente por los oficiales, de acuerdo a la consigna «En tiempo de paz, dispón para la guerra»; pero no vi ninguna disposición para la paz; era, a todas luces, una invitada no deseada.

Habiendo completado así el circuito de la fortaleza, tanto por dentro como por fuera, no fui más allá siguiendo la muralla por miedo a que la visión de

tanto muro me afectase a la vista^[47]. Sin embargo, creo que merezco que me nombren miembro del Real Cuerpo de Zapadores y Minadores.

En resumen, vi por todas partes las disposiciones más perfectas para mantener en perfecto estado la muralla, sin permitir siquiera que creciesen en ella los líquenes, que algunos consideran un adorno; pero no vi cultivos ni rebaños en su interior para pagar los gastos, y el ganado tenía prohibido pastar en el glacis bajo las más severas multas. De dónde sacaban la leche los perros no lo sé, y me temo que sea algo sangriento cuanto menos.

La ciudadela de Quebec dice: «Yo viviré aquí y tú no podrás evitarlo», a lo que tú, por tu parte, no tienes la menor objeción; vive y deja vivir. Las torres Martello^[48] parecían ni más ni menos que molinos de viento abandonados que no hubiesen tenido un grano que moler en estos últimos cien años. De hecho, el castillo entero aquí era un capricho, un capricho británico^[49], y, en más de un sentido, un castillo en el aire. Los habitantes y el gobierno parece que poco a poco van dándose cuenta de esta verdad, porque he oído algo sobre la posibilidad de que abandonen la muralla que rodea la parte alta de la ciudad y confinen sus fortificaciones a los cuarenta acres de la ciudadela. Por supuesto, terminarán por reducir sus atrincheramientos a la circunferencia de sus propios y valientes corazones.

Hasta a las fortificaciones más modernas las rodea un halo de antigüedad; tienen el aspecto de ruinas en mejor o peor estado desde el día en que se construyen, porque no son en realidad una obra de esta época. Incluso el lugar donde el soldado reside tiene una peculiar tendencia a convertirse en viejo y ruinoso, como implica la palabra barracón. En mi mente, relaciono toda fortificación con aquellos fuertes españoles en desuso que se encuentran por tantas partes del mundo; y si en algún lugar no están realmente en desuso, es porque allí es el intelecto de los habitantes lo que no se usa. El oficial jefe de un viejo fuerte cerca de Valdivia, en Sudamérica, cuando un viajero le comentó que, con una descarga, sus afustes de artillería se harían pedazos, respondió con seriedad: «No, estoy seguro, señor, de que aguantarían una segunda». Quizá los cañones de Quebec aguantasen tres. Tales estructuras nos devuelven a la Edad Media, al sitio de Jerusalén y a santa Juana de Arco,

y a los días de los bucaneros. En la armería de la ciudadela, me mostraron una herramienta tosca, inservible hacía mucho tiempo, llamada pistola lombarda. Pensé que toda su ciudadela era como una pistola lombarda, un objeto apropiado para un museo de curiosidades. Tales obras no concuerdan con el desarrollo del intelecto. Enormes estructuras de piedra de todo tipo, tanto en lo relativo a su levantamiento como en su influencia cuando se levantaron, oprimen la mente, más que liberarla. Son tumbas para las almas de los hombres, y a menudo, también para sus cuerpos. El centinela con su mosquete resulta espectral al lado de un hombre con su paraguas. No hay suficientes razones que justifiquen su existencia. ¿Cree este amigo mío, con una bala que descansa sobre unos gramos de pólvora, que necesita hacer uso de ese argumento para charlar conmigo? El fuerte fue la primera institución que se fundó aquí, y es divertido leer en la crónica de Champlain lo asiduamente que trabajaron en él casi desde el primer día del asentamiento. A los fundadores de la colonia les pareció un lugar excelente para una muralla —y, sin duda, era una localización mejor, en algunos aspectos, para una muralla que para una ciudad—, pero dio la casualidad de que una ciudad se coló tras ella. También dio la casualidad de que la zona baja de la ciudad se puso delante de la muralla, y se pegó como una ostra a la parte externa de las rocas, como se puede contemplar cuando hay marea baja. Es como si uno llegase a una aldea rodeada de empalizadas al antiguo modo indio, interesantes solo como una reliquia de la antigüedad y el barbarismo. Una ciudad fortificada es como un hombre cubierto con la pesada armadura de la antigüedad, con el caballo cargado hasta arriba de sables anchos y pequeñas armas colgadas de su cinturón, tratando de ir a lo suyo. ¿O es que esa es una maquinaria indispensable para el buen gobierno del país? Los habitantes de California se manejaron bastante bien, y cada día mejoran más y más, sin tales instituciones. ¿Para qué ha servido la fortaleza, incluso desde el punto de vista de los soldados? Primero se ocupaban de ella los franceses, y sin embargo, Wolfe la sorteó impunemente, y tomó la ciudad de Quebec sin experimentar ningún obstáculo por parte de sus fortificaciones. Solo eran el hueso por el que se peleaban ambos contendientes. Entonces comenzaron a ocuparse de ella los ingleses. Y así pasa con todos los fuertes del mundo; el del puerto de Boston, por ejemplo. Escucharemos hasta la saciedad que el

enemigo lo tomó por la noche, en la oscuridad, dado que el fuerte no pudo tomarse a sí mismo ni retirarse para dejarlos pasar, y que ni este fuerte ni sus habitantes tenían demasiadas luces. Cuán a menudo leemos que el enemigo ocupaba una posición que dominaba la antigua, y por lo tanto el fuerte fue evacuado. ¿No han ocupado la escuela y la imprenta una posición dominante superior a un fuerte como este?

Sin embargo, estas ruinas se mantienen en unas condiciones bastante buenas. Habrá unos ochocientos o mil hombres allí para exhibirlas. Un regimiento se pasea con las piernas al descubierto para aumentar la atracción. Si quieres estudiar los músculos de la pierna por encima de la rodilla, retírate a Quebec. Esta exhibición general en Canadá de las herramientas y los tendones de la guerra me trajo a la mente al dueño de un zoológico mostrando las zarpas de sus animales. Era el leopardo británico enseñando las garras. Siempre el no sé qué o el no sé cuántos real; igual que, en el zoológico, el tigre real de bengala. Silliman^[50] afirma que «el frío es tan intenso en las noches de invierno, en particular en Cap Diamant, que los centinelas no pueden soportarlo más de una hora, y se les releva cuando transcurre ese tiempo»; «e incluso, según se dice, en intervalos más breves, en caso del frío más extremo». Qué idiota, lo sea por naturaleza o no, ha de ser ese soldado —por no hablar de su gobierno— que, cuando se congela el azogue y la sangre deja de ser rápida, se mantiene allí de pie para que se le hiele el rostro, contemplando las murallas de Quebec, a pesar de que, por lo que a estas respecta, tanto los hombres honestos como los deshonestos de todo el mundo llevan en sus camas casi medio siglo, o, al menos durante esa época, los visitantes solo viajan a Quebec en la medida en que leen historia. Puede que nunca más me despierte en una noche más fría de lo habitual, pero de hacerlo pensaré en lo rápido que se relevan los centinelas en las murallas de Quebec, con el azogue totalmente congelado, como si sintieran el temor de que algún Wolfe hostil estuviese en ese preciso momento cerrándose sobre los altos de Abraham, o algún perseverante Arnold fuese a salir de entre los bosques; ¡algún malayo o japonés, quizá, rodeando la costa noroeste, que hubiese elegido ese momento para asaltar la ciudadela! ¡Vaya, si antes me esperaba encontrar a los centinelas aún relevándose los unos a los otros en

las murallas de Nínive, que llevan tanto tiempo enterradas a los ojos del mundo! ¡Qué cosa más trabajosa es una muralla! Pensaba que ella tenía que protegerme a mí, y no al revés. Por supuesto, si no hubiesen tenido muralla, tampoco hubiesen necesitado tener centinela.

Puedes aventurarte a anunciar esta hacienda como una hacienda bien cercada con consistentes paredes de piedra (sin mencionar los ochocientos *highlanders* y los Royal Irish que tienen que encargarse de que estas no se caigan); y el ganado y las herramientas que van con la tierra, si se desean. Pero no sería muy inteligente por parte del vendedor exhibir su libro de contabilidad.

¿Por qué nos causará Canadá, agreste y deshabitado como está, la sensación de ser un país más antiguo que los Estados Unidos, solo porque sus instituciones sean antiguas? Todas las cosas parecen tener aquí, como ya he insinuado, una cierta herrumbre de antigüedad (como la que se forma en una armadura vieja o en las pistolas de hierro), la herrumbre de las convenciones y las formalidades. Se dice que los tejados metálicos de Montreal y Quebec se conservan enteros y brillantes durante cuarenta años en algunos casos. Pero si bien la herrumbre no estaba en los tejados y las agujas de las torres, sí estaba en los habitantes y sus instituciones. Sin embargo, el trabajo de bruñido avanza deprisa. Me imaginaba los barcos del gobierno en los puertos, cargados de trípoli y ácido oxálico, (que es la carga que lleva el primer barco procedente de Inglaterra en primavera), y las manos de la asamblea legislativa colonial enfundadas en gamuza. Las principales exportaciones deben ser sacos de arpillera^[51], verdín y herrumbre. Quienes originalmente construyeron este fuerte, procedentes de la Vieja Francia, con la memoria y las tradiciones de los días feudales sobre sus espaldas, estaban sin duda muy atrasados para su época y esos que ahora lo habitan y lo mantienen están más atrasados que sus ancestros o predecesores. Esos antiguos caballeros pensaban que podían trasplantar el sistema feudal a América. Se propuso, pero no ha prosperado. Sin importar el hecho de que Canadá se fundase primero, y, a diferencia de Nueva Inglaterra, disfrutase durante un buen número de años del protector cuidado de una madre patria, (sin importar que, como Charlevoix nos dice, tuviese más de la antigua *noblesse* entre sus

primeros habitantes que cualquier otra de las colonias francesas, y quizá que todas las demás juntas), hay en las dos Cañadas unos 600.000 habitantes de ascendencia francesa hoy; algo así como la mitad de la población de Massachusetts. ¡Toda la población de las dos Cañadas consta de aproximadamente 1.700.000 canadienses, ingleses, irlandeses, escoceses, indios, así, contándolos todos juntos! Samuel Laing, en su ensayo sobre los vikingos, a quienes especialmente, más que los sajones, atribuye la energía y sin duda la excelencia del carácter inglés, comenta que, cuando ocuparon Escandinavia, «cada hombre poseía su terreno sin referencia a, o reconocimiento de, ningún otro hombre (sin ningún jefe local a quien le debiesen un servicio militar o un impuesto sobre el usufructo de sus tierras), sin obligación o deber para con ningún superior real o ficticio, excepto el soberano general. El colono individual poseía su tierra, como sus descendientes en Noruega aún lo expresan, por el mismo derecho que el rey poseía su corona, por derecho udal, o derecho nobiliario». Los franceses han ocupado Canadá no «udalmente», o por derecho nobiliario, sino feudalmente, o por derecho «innobiliario». Son una nación de campesinos.

Resulta evidente que tanto a causa del sistema feudal como del gobierno aristocrático, un hombre privado no tiene tanto valor en Canadá como en los Estados Unidos; y, si tu riqueza en alguna medida consiste en virilidad, en originalidad y en independencia, lo mejor es que te quedes allí. ¿Cómo podría un hombre pacífico y liberal vivir como vecino del 49.º Regimiento? Alguien de Nueva Inglaterra naturalmente sería un mal ciudadano, un rebelde, en Canadá; con toda seguridad, si ya era un rebelde en su hogar. Sospecho que un hombre pobre que no sea servil es un fenómeno mucho más escaso allí y en Inglaterra que en el norte de los Estados Unidos. Un inglés, creo, (por no hablar de otras naciones europeas), habitualmente se considera únicamente una parte constituyente de la nación inglesa; es un miembro del regimiento real de los británicos; está orgulloso de su compañía, y tiene razones para estarlo. Pero a un americano (uno que haya aprovechado sus oportunidades de un modo tolerable) le importan relativamente poco esas cosas, y está ventajosamente más próximo a la primitiva y fundamental condición del hombre en estos aspectos. Es un gobierno, el inglés (como la mayoría de los

européos), que no puede permitirse ser olvidado, que es lo que uno haría con el gobierno de forma natural; y bajo el que uno no puede ser completamente desatendido y crecer como un hombre y no solo como un inglés; ¡no puede ser un poeta sin que exista el peligro de que le nombren poeta laureado! Que me den un país en el que lo más natural para un gobierno que no te comprende sea dejarte en paz. Se podría decir que un verdadero británico solo podría especular dentro de sus límites. (Es cierto que los americanos han demostrado que ellos, en más de un sentido, pueden especular sin fronteras). Tienen que rendir homenaje a tantas cosas que, antes de darse cuenta, podrían haber rendido todo lo que poseen. Lo que hace el gobierno de los Estados Unidos, en general, más tolerable —me refiero para nosotros, los afortunados hombres blancos—, es el hecho de que tenemos mucho menos gobierno. Aquí, uno solo necesita acordarse de esta institución una vez al mes, o al año; y esos que van al Congreso pueden jugar a pelearse allí sin consecuencias fatales para los que se quedan en casa, y su mandato es muy corto. Pero en Canadá a uno se le recuerda el gobierno cada día. Desfila delante de tus narices. No se contenta con ser el sirviente, sino que pretende ser el amo; y todos los días sale a las llanuras de Abraham o al Campo de Marte y se exhibe con sus instrumentos. Allí todos los sitios parecían un intento de hacer y preservar distinciones triviales fugaces o de cualquier otro tipo. En las calles de Montreal y Quebec uno se encuentra no solo a los soldados de rojo, y a los sacerdotes vestidos de inconfundible negro y blanco, mezclados con hermanas de la Caridad de luto por su pariente fallecido —por no mencionar las monjas de las muchas órdenes de las que uno oye hablar, que dependen para mantenerse de lo atractivo de su lamento—, sino también de jóvenes que pertenecen a un seminario o a otro, y que llevan abrigos ribeteados de blanco que hacen pensar que sus corazones en expansión están ya reprimidos por un trozo de cinta adhesiva. En resumen, los habitantes de Canadá parecían estar sufriendo ente dos fuegos: la milicia y el sacerdocio.

CAPÍTULO 5. El paisaje de Quebec y el río San Lorenzo

Sobre las doce en punto de aquel día, estando en la zona baja de la ciudad, alcé la vista hacia la pistola de señales, junto al asta de la bandera de Cap Diamant, y vi a un soldado allí arriba en las alturas preparándose para dispararla; tanto él como la pistola se recortaban en relieve contra el cielo. Poco después, cuando, avisado por el chasquido de la pistola, miré hacia arriba, solo vi en el cielo el cañón, y el humo saliendo de él, como si el soldado, habiéndolo provocado, se hubiese escondido para darle efecto, dejando el ruido del eco resonando de modo grandioso de orilla a orilla, a lo lejos río arriba y abajo. Esto obedecía al mismo propósito que podría tener el cuerno que los canadienses usan para avisar que la comida está lista.

No hay restaurantes como los de Boston en Quebec o en Montreal. Deambulé en vano por esta ciudad durante una o dos horas en busca de uno, hasta que al final perdí el apetito. En una casa que decía ser un restaurante, donde se anunciaba que servían almuerzos, encontré solamente mesas cubiertas con innumerables vasos y botellas, que contenían aparentemente una muestra de cada líquido que se conoce desde que la tierra se secó tras el diluvio, pero no percibí olor a comida ni para tentar a un ratón hambriento. En resumen, no vi nada allí que pudiese tentarme a mí tampoco, de no ser por un gran mapa de Canadá que había en la pared. En otro sitio logré de nuevo llegar hasta las botellas, y pedí un menú con las comidas; me dijeron que subiese arriba; no tenían ningún menú de los platos, solo los platos en sí.

«¿Hay alguna empanada o pudín?», pregunté, porque me veo obligado a mantener mi salvajismo a raya con una dieta restringida. «No, señor; tenemos unas chuletas de cordero bastante buenas, carne asada, filete de ternera, chuletas...». Un inglés corpulento, que estaba en mitad del ataque a un pedazo de carne asada, y a quien jamás logré ver de frente, se giró un poco, con la boca medio llena, y comentó: «No encontrará empanadas ni pudín en Quebec, señor, aquí no los hacen». Descubrí que, efectivamente, así era, y por eso compré un trozo de pastel rancio y algo de fruta en el mercado al aire libre. Este mercado junto a la orilla, donde las ancianas se sentaban junto a sus mesas, en medio de una densa multitud parloteando en todos los idiomas, era el mejor sitio de Quebec para observar a la gente; y los *ferrys*, continuamente entrando y saliendo con sus variopintas tripulaciones y sus cargamentos, añadían color al entretenimiento. Les vi coger agua del río, ya que el suministro de agua de Quebec llega mediante carro y tonel. Esta ciudad me dio la sensación de ser totalmente extranjera y francesa, porque apenas si escuché el sonido del inglés en las calles. Más de tres quintos de los habitantes son de origen francés; y si el viajero no visitase específicamente las fortificaciones, podría no acordarse de que los ingleses tienen cierto dominio aquí; y, en cualquier caso, si no mirase más allá de Quebec, parecería que estos solo se han plantado en Canadá como lo han hecho en España y Gibraltar; y aquel que se planta en una roca no puede esperar mucho crecimiento. Las vistas y los ruidos nuevos junto a la orilla del agua me hicieron pensar en puertos como Bolonia, Dieppe, Ruán y Havre de Grace, que nunca he visto; pero no tengo dudas de que ofrecen panorámicas similares. Me divertí mucho con los sonidos hechos por los conductores de calesas y carretas. Esa era la parte de su idioma extranjero que más se escuchaba —el francés que le hablaban a sus caballos— y la que decían más alto. Era un sonido más novedoso para mí que el del francés de las conversaciones. Por las calles resonaban los gritos de «*Qui donc!*», «*March tôt!*». Sospecho que muchos de nuestros caballos, que venían de Canadá, alzarían las orejas al oír esos sonidos. De las tiendas, las que más me atraían eran aquellas donde se vendían pieles y artesanía india, por contener artículos de auténtica elaboración canadiense. Me han dicho que dos conciudadanos míos, que estaban interesados en la horticultura, una vez, de viaje en Canadá

y estando en Quebec, pensaron que sería una buena ocasión para conseguir semillas de la auténtica calabaza amarilla de cuello curvo de Canadá. Así que entraron en una tienda donde se anunciaban esas cosas y preguntaron por ellas. El tendero tenía exactamente lo que ellos querían. «Pero ¿está seguro», preguntaron, «de que son las auténticas calabazas de cuello curvo canadienses?». «Oh, sí, caballero», respondió él, «son de un lote que he recibido directamente desde Boston». Decidí que mis semillas de calabaza canadiense de cuello curvo serían tal y como las que crecían en Canadá.

Hay mucho que no se ha dicho sobre el paisaje de Quebec. Las fortificaciones de Cap Diamant se ven allá donde se mire. Lo dominan todo, como si observaran ceñudas al río y el terreno colindante. Viajas veinte, cuarenta, sesenta kilómetros entre montañas y entonces, cuando ya hace tiempo que las has olvidado, quizá incluso hayas soñado con ellas, en un giro de la carretera o de tu propio cuerpo, allí siguen, con su geometría recortándose contra el cielo. El niño que nace y crece a cincuenta kilómetros de distancia y que nunca ha viajado a la ciudad lee la historia de su país, ve las rectas líneas de la ciudadela entre las ciudadelas hechas de nubes del horizonte occidental, y escucha que eso es Quebec. No sería raro si el práctico de Jacques Cartier hubiese exclamado en francés normando, «¡Quebec! ¡Menudo pico!» al ver este cabo, como algunos suponen. Todo viajero moderno usa involuntariamente una expresión similar. Se dice particularmente que su repentina aparición al doblar Point Levi causa una impresión memorable a quien llega allí por agua. La visión de Cap Diamant ha sido comparada por viajeros europeos con las vistas más notables de ese tipo en Europa, tales como las que se tienen desde el castillo de Edimburgo, Gibraltar, Cintra y otros, y es preferida por muchos. Una de las principales peculiaridades de esta, comparada con otras vistas que he contemplado, es que esta se obtiene desde las murallas de una ciudad fortificada, y no únicamente desde el majestuoso cabo de un río. Asocio la belleza de Quebec con el aire cortante como el acero, aunque podría ser exclusivo de esa época del año, en la que mi única compañía en la cumbre de Cap Diamant son las flores azules de la achicoria y algunos solidagos tardíos y ranúnculos, las primeras más azules que el cielo al que miraban. Pero incluso yo cedí en

cierta medida a la influencia de las asociaciones históricas, y me resultó difícil prestar atención a la geología de Cap Diamant o a la botánica de las llanuras de Abraham. Aún recuerdo el puerto a mis pies, brillando como plata al sol (con las tierras altas de Point Levi como réplica al sureste), el ceñudo Cap Tourmente a lo lejos, en el nordeste, limitando abruptamente la vista del lado del mar, las ciudades de Lorette y Charlesbourg al norte, y más al oeste, el distante Valcartier, brillando con casitas blancas, que apenas parecían estar lejos, viéndolas a través del límpido aire, por no mencionar unas cuantas montañas azuladas a lo largo del horizonte en esa dirección. Cuando uno se asoma desde las murallas de la ciudadela y mira lejos de las fronteras de esta, puede ver más allá de las fronteras de la civilización. En la distancia, un pequeño grupo de colinas, según la guía de viaje, formaba «el portal de los bosques que solo pisan los pies de los cazadores indios hasta la bahía del Hudson». No hace sino unos pocos años desde que Bouchette declaró que el país a unos dieciséis kilómetros al norte de la capital británica de Norteamérica era tan poco conocido como el corazón de África. Así, la ciudadela bajo mis pies y todas sus asociaciones históricas fueron tomadas de nuevo por una influencia proveniente de los bosques y la naturaleza, como si el observador hubiese leído su historia; una influencia que, como el propio Gran Río, fluía sobre todo aquello desde la firmeza del Ártico y los bosques occidentales con una marea irrefrenable.

Lo más interesante para mí en Canadá fue el río San Lorenzo, conocido a lo largo y ancho del mundo, y durante siglos, como el Gran Río. Cartier, su descubridor, ascendió por él hasta Montreal en 1535, casi un siglo antes de la llegada de los peregrinos; y he visto un mapa bastante exacto de él hasta ahora, que contenía la ciudad de «Hochelaga» y el río «Saguenay», en el *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius^[52], impreso en Antwerp en 1575 (habiendo aparecido la primera edición en 1570), en la que las famosas ciudades de «Norumbega» y «Orsinora» están en el tosco y compacto continente donde Nueva Inglaterra se encuentra hoy, y la fabulosa pero desafortunada Isla de los Demonios, junto con Frisland y otras descansan dispersas por el mar poco transitado, algunas de ellas merodeando cerca de lo que ahora es el curso de los vapores de Cunard. En este pesado ejemplar del

Ptolomeo de su época, del que se dice que es el primer atlas general publicado tras el renacimiento de las ciencias en Europa, y del que solo una página está dedicada a la topografía del *Novus Orbis*, el San Lorenzo es el único río grande, esté dibujado basándose en la imaginación o en la observación, que aparece en la zona este de Norteamérica. Era famoso en Europa antes de que se oyera el nombre de los otros ríos de Norteamérica, a pesar de que la desembocadura del Mississippi y hasta la del Hudson eran conocidas para el mundo. Gallatin hizo que los escolares fueran desencaminados y dijese que Narváez descubrió el Mississippi. De Vega no dice eso. Los primeros exploradores declararon que en verano en ese país hacía tanto calor como en Francia, y llamaron una de las bahías en el golfo del San Lorenzo la bahía de Chaleur, o del calor; pero no dijeron nada sobre que el invierno era tan frío como en Groenlandia. En el relato manuscrito del segundo viaje de Cartier, atribuido por algunos a ese mismo navegante, solo lo llama «el mayor río, sin comparación, que se sepa o se haya visto hasta la fecha». Los salvajes le dijeron que era el «*chemin du Canada*» —el camino a Canadá—, «que va tan lejos que ningún hombre ha estado jamás en su final, que se sepa». El Saguenay, uno de sus afluentes, que el panorama ha dado a conocer en Nueva Inglaterra en tres años, es descrito por Cartier^[53], en 1535, y aún de modo más particular por Jean Alphonse^[54] en 1542, que añade: «Creo que este río viene del mar de Catay, porque en ese lugar surge una fuerte corriente, y por allí corre una marea terrible». Los primeros exploradores vieron muchas ballenas y otros monstruos marinos muy arriba del San Lorenzo. Champlain^[55], en su mapa, representa a una ballena lanzando chorros de agua en el puerto de Quebec, a unos quinientos ochenta kilómetros de lo que se conoce como la desembocadura del río; y Charlevoix^[56] lleva a su lector al punto más alto de Cap Diamant para ver las «marsopas, blancas como la nieve» retozando en la superficie del puerto de Quebec. Y Boucher^[57] dice en 1761 «de allí (Tadoussae) a Montreal se encuentran una gran cantidad de *Marsouins Blancs*». Muchas ballenas blancas se han trasladado río arriba desde que yo estuve allí. P. H. Goose^[58], en su *Canadian Naturalist*, en la página 171, (Londres, 1840) habla del «delfín blanco del San Lorenzo (*delphinium Canadensis*)» como un animal distinto de los delfines marinos. La Sociedad Histórica Natural de Montreal

ofrecía hace algunos años un premio a quien escribiese un ensayo sobre los *Cetacea* del San Lorenzo, que creo que se entregó. En tiempos de Champlain se llamaba comúnmente «el Gran Río de Canadá». Más de una nación lo ha reclamado. En *America of 1670*, de Ogilby^[59], en el mapa *Novi Belgii*, aparece con el nombre «*De Grootte Rivier van Niew Nederlandt*». Adopta nombres diferentes en partes distintas de su curso, ya que fluye por lo que antes eran territorios de distintas naciones. Desde el Golfo hasta el lago Ontario se llama actualmente el San Lorenzo; de Montreal hasta el mismo lugar es conocido sucesivamente como los ríos Niágara, Detroit, St. Clair, St. Mary's y St. Louis. Humboldt, hablando del Orinoco, dice que su nombre no se conoce en el interior del país; ocurre igual con las tribus que habitan cerca de las fuentes del San Lorenzo, que nunca han oído el nombre que se le da en la parte baja de su curso. Se alza junto a otro padre de las aguas, el Mississippi, surgiendo de una fuente muy arriba en los bosques, el lago Superior, de unos dos mil cuatrocientos kilómetros de circunferencia; y por allí se encuentran otros arroyos que lo alimentan. Hace tal ruido en su caída que en cierto punto que parece que tiene que escucharse en el mundo entero. Bouchette, el topógrafo oficial de Canadá, dice que es «el río más espléndido del mundo»; afirma que tiene unos tres mil doscientos kilómetros (geógrafos más recientes lo presentan como entre seiscientos y ochocientos kilómetros más largo); que en la Riviagere du Sud llega incluso a los diecisiete metros de anchura; veintiuno en el Traverse, en los montes llamados Paps of Matane, cuarenta; en Seven Islands, ciento diecisiete; y en su desembocadura, desde el cabo Rosier a los asentamientos de Mingan, en Labrador, casi ciento setenta (?) kilómetros de ancho. Según el reciente mapa del capitán Bayfield, tiene unos ciento cincuenta y cinco kilómetros en este último lugar, midiendo en ángulos rectos con respecto al arroyo. Tiene con bastante seguridad el estuario más grande, en relación tanto a longitud como a anchura, de cualquier río del planeta. Humboldt dice que el río de la Plata, que tiene el estuario más ancho de todos los ríos de Sudamérica, tiene ciento cuarenta y ocho kilómetros de anchura allí donde desemboca; además, también descubrió que el Orinoco tenía más de cinco kilómetros de anchura a novecientos kilómetros de su desembocadura; pero no dice que barcos de seiscientas toneladas puedan subir hasta esa distancia por el río, como pueden

hacerlo por el San Lorenzo, por el que pueden ascender hasta Montreal, un trayecto de la misma longitud. Si hubiese descrito una flota de tales barcos anclados en el puerto de una ciudad tan interior, nos habríamos hecho una idea muy distinta del Orinoco. Quizá Charlevoix diga la verdad cuando describe el San Lorenzo como el río más navegable del mundo. Entre Montreal y Quebec tiene de media unos tres kilómetros de ancho. Los efectos de su marea llegan hasta Three Rivers, a seiscientos noventa y cinco kilómetros, que es la misma distancia que hay entre Boston y Washington. Hasta en Cap aux Oyes, unos cien o ciento diez kilómetros más al interior que Quebec, Kalm descubrió que la mayor parte de las plantas cerca de la orilla eran marinas, como la hierba salada (*salicornia*), el guisante marino (*pisum maritimum*), la polígala o lechera amarga (*glaux*), el barrón (*psammaarenarium*), el llantén marítimo (*plantago maritima*), las «rocas marinas» (*banias cakile*), etcétera.

El geógrafo Cuyot observa que el Marañón tiene casi cinco mil kilómetros de longitud, y obtiene sus aguas de una superficie de casi cuatro millones de kilómetros cuadrados; que el Mississippi tiene también unos cinco mil kilómetros de longitud, pero su cuenca no cubre más de dos millones o dos millones y medio de kilómetros cuadrados; y que el San Lorenzo tiene unos tres mil kilómetros de longitud y su cuenca ocupa una superficie de dos millones y medio de kilómetros cuadrados (Darby dice que un millón trescientos mil). Y, respecto a los lagos, añade: «Estos enormes mares de agua dulce, junto con el San Lorenzo, cubren una superficie de casi doscientos sesenta mil kilómetros cuadrados, y se calcula que contienen alrededor de la mitad del agua dulce de la superficie de nuestro planeta». Pero todos estos cálculos son, por necesidad, muy rudimentarios e imprecisos. Sus afluentes, el Ottawa, el St. Maurice y el Saguenay, son también ellos grandes ríos. Del último se dice que tiene más de trescientos (?) metros de profundidad en su desembocadura, mientras que sus acantilados se alzan perpendicularmente a la misma distancia sobre su superficie. Los prácticos afirman que no hay sondeo hasta doscientos kilómetros río arriba en el San Lorenzo. El mayor sondeo en este río, que aparece en el mapa del golfo y del río de Bayfield, es de cincuenta y un metros. McTaggart, un ingeniero,

comenta que «el Ottawa es más grande que todos los ríos de Gran Bretaña, aunque corriesen todos unidos en uno». Grey, el viajero, escribe: «Una docena de Danubios, Rines, Tajos y Támesis no serían nada frente a treinta y dos kilómetros de anchura de agua dulce (donde fuese que él estuviera), de entre veinte y setenta y cinco metros de profundidad». Y continúa: «Quizá no exista mejor forma de aproximarse a este inmenso continente en toda su extensión que por el río San Lorenzo. En los países del sur tienes por lo general un paisaje llano a lo largo de muchos kilómetros tierra adentro; aquí se le introduce a uno desde el primer momento en un paisaje majestuoso, donde todo es enorme, como a gran escala: montañas, bosques, lagos, ríos, precipicios, cascadas». No tenemos aún datos suficientes para una comparación del San Lorenzo con los ríos sudamericanos; es evidente que, de tomarlos en relación a sus lagos, su estuario y sus cataratas, se llevaría sin duda la palma de todos los ríos del mundo; porque aunque como comenta Bouchette puede que no lleve hasta el océano un mayor caudal de agua que el Amazonas y el Mississippi, su superficie y su masa cúbica son mucho mayores que los de estos. Pero por desgracia, este noble río se encuentra cerrado al tránsito por el hielo desde principios de diciembre hasta mediados de abril. La llegada del primer navío desde Inglaterra cuando se rompe el hielo es, por lo tanto, un gran acontecimiento, como cuando el salmón, la alosa y la pinchagua suben un río en primavera para aliviar a los hambrientos habitantes de sus orillas. ¿Quién sabe cuál habría sido la historia de este continente si, como se ha sugerido, este río hubiese desembocado en el mar a la altura de Nueva York?

Tras visitar el museo y echarle otro vistazo a la muralla, me apresuré a ir hasta el vapor *Lord Sydenham*, que salía a las cinco en punto para Montreal. Ya había ocupado un asiento en la cubierta, pero al ver que aún contaba con una hora y media que matar, recordé ese mapa de Canadá tan grande que había visto en el comedor del restaurante en mi búsqueda de un pudín, y me di cuenta de que era posible que no volviese a ver uno igual una vez fuera del país, regresé allí y pedí permiso para mirar el mapa. Arrastré hasta él la mesa de caoba, la cubrí con mi pañuelo y me subí sobre él, y copié cuanto quise hasta que la camarera entró y me dijo, mientras yo seguía de pie sobre la

mesa: «Unos caballeros necesitan la habitación, señor», y yo me retiré sin haber roto el cuello de una sola botella, ni el mío propio tampoco, muy agradecido y queriendo pagar por todo el alimento sólido que había obtenido. Pronto estuvimos junto a Cap Rouge, a unos trece kilómetros por encima de Quebec, tras habernos puesto en camino. Este lugar, llamado entonces «Fort du France Roy», fue donde el *sieur* de Roberval y su compañía, habiendo mandado a casa a dos de sus tres barcos, pasaron el invierno de 1542-1543. Parece que viajaron del siguiente modo (traduzco aquí del original): «Cada comida constaba solo de dos barras de pan, cada una de un peso de una libra, y media libra de carne de vacuno; comían cerdo para almorzar, con una libra de mantequilla, y carne de vacuno para cenar, con dos puñados de habas y sin mantequilla. Los miércoles, viernes y sábados comían bacalao salado, y a veces verduras con mantequilla; y carne de marsopa y habas para cenar. El señor Roberval administraba buena justicia y castigaba a cada cual según sus ofensas. Uno de ellos, llamado Michael Gaillon, fue ahorcado por robo; John de Nantes fue encadenado y encerrado por su delito; otros fueron igualmente encadenados y a muchos se les dieron latigazos, tanto a hombres como a mujeres; por estos medios, vivieron en paz y tranquilidad». En la crónica de un viaje por este río, impresa en las *Jesuit Relations* en el año 1664, se dice: «Fue una travesía interesante para nosotros ascender por el río de Cap Tourmente hasta Quebec, ver a un lado y a otro durante una distancia de ocho leguas las granjas y las casas de la compañía, construidas por nuestros franceses, a lo largo de toda la orilla. A la derecha, los señores de Beauport y Notre Dame des Anges; y a la izquierda, la hermosa isla de Orleans». El mismo viajero menciona, entre las frutas del país observadas en la isla de Richelieu, en el nacimiento del lago St. Peter, «tipos (*des espèces*) de pequeñas manzanas o acerolas (*semelles*); y de peras que maduran solamente cuando hiela».

Cayó la oscuridad antes de haber dejado atrás las elevadas riberas. Habíamos hecho el trayecto de Montreal a Quebec en una noche. El viaje de vuelta, a contracorriente, lleva escasamente una hora más. Jacques Cartier, el primer hombre blanco conocido en haber subido por este río, habla de su viaje desde lo que es ahora Quebec hasta la base del lago St. Peter, a medio

camino de Montreal: «Desde el día que he mencionado, el diecinueve, hasta el veintiocho del mismo mes (septiembre de 1535) inclusive, habíamos navegado río arriba sin perder un día o una hora, y durante ese tiempo habíamos visto y encontrado territorio y terrenos tan llanos como deseáramos, llenos de los árboles más hermosos del mundo», que a continuación describe. Pero nosotros simplemente nos dormimos y nos despertamos de nuevo para descubrir que habíamos cruzado todo ese país por el que él llevaba ocho días navegando. Él debía de haber tenido un sueño bastante agitado. No estuvimos el tiempo suficiente en el río para ser conscientes de su longitud; solo nos hicimos a la idea de su anchura, como si hubiésemos pasado por un lago de dos o tres kilómetros de anchura y varios de largo, aunque bien podríamos habernos dormido durante todo un reino europeo. Estando en el nacimiento del lago St. Peter, el ya mencionado veintiocho de septiembre, y tratando con los nativos, Cartier dice: «Les preguntamos por signos si este era el camino a Hochelaga (Montreal), y respondieron que lo era, y que quedaban tres días de viaje para llegar allí».

Cuando subí a cubierta al amanecer ya habíamos pasado por el lago St. Peter y se veían islas delante nuestro. Nuestro barco avanzaba con ritmo rápido y constante sobre la superficie calma, y nos sentimos como si se nos estuviese permitiendo permanecer despiertos en el paisaje de un sueño. Varios chopos lombardos muy lozanos situados a lo largo de las distantes orillas les daban a estas un aspecto novedoso y vital, aunque artificial, y contrastaban de un modo extraño con los esbeltos y graciosos olmos presentes en ambas orillas y en las islas. La iglesia de Varennes, a veinticuatro kilómetros de Montreal, era visible a mucha distancia ante nosotros, dando la sensación de pertenecer al río y de surgir de él, y ahora y antes Mont Royal indicaba dónde estaba la ciudad. Llegamos sobre las siete y nos dispusimos inmediatamente a subir a la montaña, a unos tres kilómetros de allí, cruzando propiedades a pesar de numerosos carteles amenazando con multas severas para los que entrasen sin permiso, pasando un edificio viejo conocido como la propiedad McTavish^[60], supongo, a quien Silliman^[61] se refiere como «en un sentido, el fundador de la compañía Northwestern». Su tumba estaba en la parte posterior, en los bosques, con un muro

remarcablemente alto y un monumento aún mayor. La familia regresó a Europa. No podría haber imaginado lo muerto que estaría en pocos años, y más muerto y olvidado aún por estar enterrado bajo tal masa de tétrica piedra, donde ni la memoria podía llegar hasta él sin la ayuda de una palanca de acero. ¡Ah! ¡Pobre hombre, con ese final definitivo! Sin embargo, podría haber sido el más respetable de los mortales, por todo lo que sé. Desde la cima de la montaña pudimos contemplar una panorámica de toda la ciudad; la llana, fértil y extensa isla; el noble caudal del San Lorenzo anchándose en lagos; las montañas de la zona de Saint-Hyacinthe, y las de Vermont y Nueva York; y la desembocadura del Ottawa al oeste, que se recortaba sobre Santa Ana, donde el viajero entona su «cántico de despedida» y dice adiós a la civilización, un nombre, gracias a los versos de Moore, más sugerente en cuanto a asociaciones poéticas que ningún otro en Canadá. También nosotros ascendimos por la colina que Cartier fue el primer hombre blanco en subir, y que llamó Montreal (el 3 de octubre de 1535 según el calendario juliano), y como él, «vimos dicho río hasta donde alcanzaba la vista, *grand, large, et spacieux*, dirigiéndose hacia el sudoeste», hacia la tierra en la que Donnacona^[62] había dicho al descubridor que había estado a un mes de viaje de Canadá, donde crecía «*force Canelle et Girofle*», mucha canela y clavo, y donde también, como le dijeron los nativos, había tres grandes lagos y después *une mer douce* —un mar dulce— *de laquelle n'est mention avoir vu le bout*, del que no se cree que se haya visto el final. Pero en lugar de un poblado indio en el interior de un nuevo mundo, con guías para indicarnos de dónde venía el río, nos encontramos con una ciudad de hombres blancos construida en piedra, y solo unos cuantos indios escuálidos nos ofrecieron vendernos cestas en la estación de ferrocarril de Lachine, y Hochelaga quizá no sea nada más que el rebuscado nombre de una compañía de motores o una cantina.

Dejamos Montreal el miércoles 2 de octubre, bien entrada la tarde. En los trenes de La Prairie los yanquis se reían imitando los gritos de los conductores de carretas a la perfección, para diversión de algunos viajeros francocanadienses, y siguieron con esto todo el camino hasta Boston. Vi una persona que subió al barco en St. John's y uno o dos más en algún otro lugar

de Canadá, llevando abrigos de sencillo paño gris, o capotes, con cómicas capuchas que les caían entre los hombros como pequeñas bolsas, preparadas para que les dieran la vuelta y se las colocaran sobre la cabeza cuando la ocasión lo requiriese, aunque un sombrero ocupaba su lugar ahora. Parecía que podrían resultar muy convenientes y apropiadas mientras los abrigos eran nuevos y estaban cuidados, pero pronto adquirirían un aspecto feo y mísero, como harapos y trapos. Alcanzamos Burlington temprano esa mañana, y allí los yanquis trataron de colar sus monedas canadienses, pero los chicos de los periódicos no cayeron. Al volver a través de las Green Mountains, me acordé que de que no había visto en Canadá unos tintes otoñales tan brillantes como los que antes había visto en Vermont. Quizá no había un contraste tan grande y repentino con el calor del verano en el país anterior como en estos valles montañosos. Cuando estábamos pasando por Ashburnham, junto a una casa blanca y nueva que se levantaba a una cierta distancia en un campo, un pasajero exclamó, para que todo el vagón pudiese oírle, «¡Mira, no hay una casa así de buena en todo Canadá!». No me extrañó mucho este comentario, porque hay en una casa de Nueva Inglaterra una cierta prolijidad, además de una prosperidad evidente, una cierta facilidad elástica en sus circunstancias, por así decirlo, cuando no riquezas, como si su propietario pudiese al menos permitirse hacer reparaciones en primavera, algo que no sugieren las casas canadienses. Aunque son de piedra, no están mejor construidas que uno de nuestros cobertizos de piedra; el único edificio, excepto por el castillo, y mientras que cada poblado aquí contiene al menos varios caballeros o hacendados, allí sí hay solo uno en un señorío.

Llegué a casa este jueves por la tarde tras haber pasado una semana en Canadá y haber viajado mil setecientos setenta kilómetros. El gasto total, incluyendo dos guías de viaje y un mapa, que costaron un dólar con doce centavos y medio, ascendió a doce dólares y setenta y cinco centavos. No creo que haya visto toda la América británica; eso no podría haberlo logrado con una excursión barata, a no ser que fuese una excursión barata al mar de Hielo, como hemos visto con Hearne^[63] o McKenzie^[64], y entonces, sin duda, algunos rasgos interesantes se habrían omitido. Quería ir un poco más allá de esa palabra *Canadense*, de la que los naturalistas hacen un uso tan

frecuente; y todavía me gustaría mucho hacer una excursión más larga a pie a través de las partes más agrestes de Canadá, que quizá podría titularse *Iter Canadense*.



HENRY DAVID THOREAU, escritor, filósofo y naturalista estadounidense. Nació el 12 de julio de 1817, en Concord (Massachusetts), y estudió en la Universidad de Harvard. Durante algunos años trabajó como profesor y tutor, tanto en Concord como en Staten Island (Nueva York). Entre 1841 y 1843 vivió en la casa del ensayista y filósofo trascendentalista, también estadounidense, Ralph Waldo Emerson. Dos años más tarde se trasladó a una cabaña a orillas del Walden Pond, un pequeño lago situado en las afueras de su ciudad natal. Su estancia en la cabaña se prolongó hasta 1847. Regresó de nuevo a la casa de Emerson, en la que vivió entre 1847 y 1848, y finalmente, en 1849 se trasladó a Concord, con sus padres y su hermana. Durante su estancia en la cabaña y, más tarde, en su ciudad natal, Thoreau se ganó la vida realizando variados y múltiples oficios, dedicando la mayor parte de su existencia al estudio de la naturaleza, a meditar acerca de problemas filosóficos, a leer a los clásicos de la literatura griega, latina e inglesa, y a conversar con sus vecinos. Durante su vida solo pudo ver publicadas sus obras: *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849) y *Walden, o la vida en los bosques* (1854). Thoreau eligió ir a la cárcel, aunque solo por una noche, en lugar de pagar los impuestos a un gobierno que admitía la

esclavitud y estaba envuelto en una guerra con México. De ahí surge su ensayo más conocido. *Desobediencia civil* (1849). En él, sentó las bases teóricas de la resistencia pasiva, un método de protesta que, más adelante, adoptarían Mahatma Gandhi o Martin Luther King. Thoreau murió en Concord el 6 de mayo de 1862.

Notas

[1] Fitchburg es una pequeña ciudad al norte del centro de Massachusetts. <<

[2] El Monadnock, de unos 965 metros de altura, es el pico más prominente al sur de las Montañas Blancas y al este de las Berkshires, y fue visitado tanto por Thoreau como por Emerson. <<

[3] N. de la T.: En realidad, el autor utiliza la antigua medida inglesa *rod*, término que significa «varilla» o «cayado», y que equivale a 5,029 metros; es una medida que Thoreau usa con frecuencia. <<

[4] De la obra *Enrique V* de Shakespeare. <<

[5] Línea estadounidense de ferrocarril. <<

[6] N. de la T.: las Green Mountains son una cordillera en Vermont, y su nombre significa «montañas verdes». <<

[7] N. de la T.: Nombre por el que se conocía en Europa, desde la Edad Media hasta el siglo XX, una gran extensión de tierra del centro y norte de Asia que iba desde el mar Caspio y los Urales hasta el océano Pacífico. <<

[8] Jacques Cartier (1491-1557), explorador y navegante francés. <<

[9] Samuel Champlain (1575-1635), geógrafo, explorador y navegante francés,
fundador de Quebec. <<

[10] N. de la T.: El mismo río (en la actualidad, río Richelieu) se conocía por varios nombres distintos. <<

[11] N. de la T.: Soldados británicos del siglo XVIII. <<

[12] N. de la T.: El autor menciona a los Shakers. La Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Aparición de Cristo, conocidos como *Shakers* o *Shaking Quakers*, es una organización religiosa originalmente descrita como una rama de los cuáquero-protestantes. <<

[13] «*Truth never fails her servant, sir, nor leaves him with the day's shame upon him*». De *A Fair Quarrel*, escrita por Thomas Middleton y William Rowley en 1617. <<

[¹⁴] Pehr Kalm (1716-1779) explorador, botánico, naturalista y economista agrícola suecofinés. <<

[15] N. de la T.: Doscientos noventa metros. La medida francesa premétrica *arpent* equivale a 58,471 metros. <<

[16] Louis-Armand de Lom d'Arce, barón de Latontan (1666-1715), soldado francés, 1703, *Nouveaux voyages de Mr. le Baron de Lahontan dans l'Amérique septentrionale* (Nuevos viajes a Norteamérica), considerado el mejor trabajo del siglo XVII sobre la Nueva Francia. <<

[17] Meseta de 108 acres en Battlefields Park, en Quebec, fuera de las murallas que rodean la ciudad. <<

[18] Promontorio de Quebec que incluye una fortaleza militar, al que dio nombre en 1608 Champlain, que encontró allí cristales de cuarzo que parecían diamantes. <<

[19] Richard Montgomery (1738-1775), general americano, dirigió la invasión de Canadá en 1775, y murió durante la batalla. <<

[²⁰] *Froissart's Chronicles*. Jean Froissart (nacido alrededor 1337 - muerto en 1405) describe eventos ocurridos sobre 1322-1400, antes y durante la guerra de los cien años. <<

[21] N. de la T.: Nativos de las montañosas tierras altas escocesas. <<

[22] Marshal Josef-Anton Poniatowski (1763-1813), patriota polaco, conocido como un hombre mujeriego y de elegante figura. <<

[23] Una meseta de ciento ocho acres en Battlefields Park, en la ciudad de Quebec, fuera de las murallas de esta. <<

[24] En los versos de Claudiano (Claudius Claudianus, nacido alrededor de 370 - muerto alrededor de 404), poeta romano. <<

[25] Un acceso a la ciudadela, por el que entran en la ciudad procesiones y desfiles. <<

[26] Olaf Tryggvason, rey de Normandía entre 995-1000. Olaf navegó hasta Inglaterra en el año 988 cuando la hermana del rey de Dublín buscaba un esposo. Gyda y Olaf se casaron. <<

[27] Ver nota 14. <<

[28] Pierre François Xavier de Charlevoix (1682-1761), jesuita francés en Nueva Francia. <<

[29] Tipo de construcción de carreteras en la que John Loudon McAdam fue pionero alrededor de 1820. <<

[30] N. de la T.: Documento que daba fe del compromiso de abstenerse de beber alcohol. <<

[31] Gilles Personne de Roberval (1602-1675), matemático francés, catedrático de filosofía en la Universidad Gervais en 1631, catedrático de matemáticas en el Royal College de Francia. <<

[32] Jean Alphonse (1482-1557), explorador francés de Norteamérica. <<

[33] Teniente Joseph Bouchette (1774-1841), soldado francocanadiense, topógrafo, publicó *Topographical Description of the province of Lower Canada* en 1815. <<

[34] N. de la T.: Unos ochenta y siete metros de ancho por mil setecientos cincuenta o dos mil trescientos cuarenta de largo. <<

[35] Mercader de pieles sin autorización de las autoridades francesas. <<

[36] N. de la T.: La Tierra de Rupert (*Rupert's Land*) era el nombre de una antigua posesión británica en América del Norte, que abarcaba gran parte del territorio del actual Canadá. <<

[37] Nota de Thoreau: En *Geographical Dictionary*, de McCulloch, leemos que «inmediatamente después de la isla de Orleans tiene casi dieciocho kilómetros de anchura; donde el Saguenay se une a él, casi treinta; y en la isla de Anticosti (a unos quinientos sesenta kilómetros de Quebec), arroja al océano un torrente de casi ciento sesenta kilómetros de un lado a otro». <<

[38] N. de la T.: En inglés, *mine* significa «mío» (de ahí que al autor le resulte gracioso). <<

[39] Ver nota 28. <<

[40] En la mitología griega, los dioses que reinaban durante la legendaria Edad de Oro. <<

[41] N. de la T.: Aquí Thoreau hace referencia a la distinta sonoridad entre *rivière* en francés y *river* en inglés, que en ambos casos significa «río». <<

[42] N. de la T.: Juego de palabras intraducible. Queen's Bush era un asentamiento de pioneros de color, y su nombre significa «el arbusto de la reina». <<

[43] Jacques-René de Brisay de Denonville, Marqués de Denonville (1637-1710), gobernador de Nueva Francia de 1685 a 1689. <<

[44] Ver nota 14. <<

[45] N. de la T.: Juego de palabras entre *musketry* y *mus-cat-ry*, que en inglés suenan igual. *Musketry* significa «mosquetería»; *muscatry* no significa nada, pero se pronuncia del mismo modo e incluye la palabra *cat*, «gato». <<

[46] Tebas era una ciudad-estado beocia, situada al norte del Citerón. <<

[47] Juego de palabras intraducible. Muralla, en inglés, es *wall*. Thoreau dice temer quedarse *wall-eyed*, bizco, o, literalmente, «con una muralla en los ojos». <<

[48] Fortificaciones defensivas circulares construidas en países del imperio británico en el siglo XIX. <<

[49] N. de la T.: Juego de palabras intraducible. El autor usa *folly*, que en inglés británico significa «capricho arquitectónico», y en inglés americano significa «locura» o «necedad». Por lo tanto, puede entenderse que es un *folly* en su acepción británica (un capricho arquitectónico), o bien una necedad inglesa. <<

[50] Benjamin Silliman (1779-1864), químico, naturalista y editor. <<

[51] Juego de palabras intraducible. Saco de arpillera, en inglés, es «*gunny bag*». *Gun* en inglés significa «pistola». <<

[52] Considerado el primer atlas moderno, escrito por Abraham Ortelius, 1570, en Antwerp. <<

[53] Jacques Cartier, (1491-1557), descubridor francés del río canadiense San Lorenzo. <<

[54] Jean Fonteneau di Alfonse de Saintonge (1484-1544), navegante y explorador francés. <<

[55] Ver nota 9. <<

[56] Pierre François Xavier de Charlevoix (1682-1761), jesuita francés. <<

[57] Ver nota 28. <<

[58] Philip Henry Goose (1810-1888), naturalista y biólogo marino inglés. <<

[59] John Ogilby (1600-1676) fue un traductor, empresario y cartógrafo escocés. <<

[60] Simon McTavish (alrededor de 1750-1804), empresario de Quebec de origen escocés en Canadá durante la segunda mitad del siglo XVIII. <<

[61] Ver nota 50. <<

[62] Jefe Donnacona (muerto alrededor de 1539 en Francia) fue jefe de un poblado indio en la actual ubicación de Quebec. <<

[63] Samuel Hearne (1745-1792), explorador inglés que exploró el río Coppermine, descubrió el océano Ártico y buscó el Paso del Noroeste. <<

[64] Sir Alexander Mackenzie (17647-1820), explorador y mercader de pieles escocés que publicó los diarios de sus expediciones en 1801. <<